
JOE BENNETT.
¡HA MUERTO LA TIERRA!
12
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO
JOSE LUIS

Table of Contents

Annotation

La aterradora catástrofe ocurrió mucho antes de lo que todos esperaban. En realidad, nadie tenía derecho a sorprenderse, porque el profesor Varis, un neerlandés famoso en el planeta, lo pronosticó con 48 horas de anticipación. Pero era tan irreal lo que aquel terrestre decía, tan fantástico y fuera de lugar, que apenas si se dignaron escucharle sin estallar en burlonas carcajadas.



¡Ha muerto la Tierra!

Joe Bennett

¡Ha muerto la Tierra!

Luchadores del Espacio, 32


Joe Bennett
HA MUERTO
LA TIERRA
EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 - VALENCIA
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO

PERSONAJES

Profesor Varis —Geólogo terrestre.
Sankar, Gordens y Mácidon —Astrofísicos.
Jass Womeder —Técnico electrónico.
Grace Discano —Bella muchacha terráquea.
Sabis (capitán) *Ksep* —Axoniano.
Zpack —Descendiente de selenitas.
Gola —Esposa de *Zpack*.

PRINTED IN SPAIN

CAPÍTULO I


HA MUERTO
LA TIERRA
por
Joe Bennett

CAPÍTULO PRIMERO

EL FIN DEL MUNDO TERRESTRE

La aterradora catástrofe ocurrió mucho antes de lo que todos esperaban. En realidad, nadie tenía derecho a sorprenderse, porque el profesor Varis, un neerlandés famoso en el planeta, lo pronosticó con 48 horas de anticipación. Pero era tan irreal lo que aquel terrestre decía, tan fantástico y fuera de lugar, que apenas si se dignaron escucharle sin estallar en burlonas carcajadas.

Tal vez su mayor error fue presentarse ante la Cámara Universal confesando su calidad de geólogo. Un porcentaje elevadísimo de astrofísicos ocupaba los estrados. La Geología y la Física Astral han cooperado a menudo en sus investigaciones desde que el ente terráqueo se lanzó a sus primeras correrías por el sistema solar. Sin embargo —y como era de suponer—, las teorías del profesor Varis no concordaban en absoluto con las de Sankar, Gordens y Mácidon, los líderes que movían el pensamiento de la masa predominante.

El apasionado debate duró varias horas sin que finalmente se llegase a una conclusión práctica. El-profesor Varis luchó denodadamente contra la tenaz oposición de los astrofísicos, sabios electrónicos, físicos nucleares, oceanógrafos y científicos de todo género. Nadie parecía dar el menor crédito a sus aseveraciones. Desde los más remotos lugares del Reino Solar, las naciones universales colonizadas por las expediciones terrestres habían enviado preclaros representantes y la Cámara se hallaba rebosante de humanos, especimenes y *kotes*, nombre con el que se distinguía a los seres orgánicos de las concepciones mecánicas, robots pensantes y autómatas sujetos a la onda de control remoto que les enviaban desde los lejanísimos planetas, asteroides y estrellas de origen.

El presidente de la Gran Asamblea —un arácnido triantenoide nacido en la constelación de Sagitario que había logrado fama de prudente en toda la galaxia solar— era el único que parecía dudar ante la insistencia desesperada del profesor Varis. La duda no significaba que el terrestre le hubiese convencido con su inflamada disertación; sin embargo, estaba dispuesto a admitir que las razones que aducía eran tan factibles como las de los mismos lideres de la oposición.

Desde tiempos remotos, antes del ya pasado siglo XX, los tarráneos habían sustentado la creencia de que el fin de la Tierra se produciría transcurridos millares de años. Sus estudios, investigaciones y cálculos previnieron la muerte del Tercer Planeta, en

orden de aproximación al Sol, por las más extraordinarias circunstancias... ninguna de las cuales rozaba siquiera las causas que Varis pretendía imponer como única definitivamente mortal. Entonces, en pleno siglo XXX, cuando los avances de la ciencia en todos sus campos habían llegado casi a alcanzar el cenit de la sabiduría, un neerlandés conocido sólo por sus aportaciones geológicas alzaba su voz rotunda para desvirtuar el fruto de siglos dedicados al análisis del tema que más íntimamente afectaba a la raza de seres orgánicos La muerte de la Tierra.

¡Inadmisible! ¡Absurdo por todos conceptos! ¡Falso! ¡Aducido sólo con fines terroristas para horrorizar a la Humanidad y sembrar el desconcierto!

Ésta era la opinión general de la masa, de aquella mayoría aplastante contra la que Varis arremetía acaloradamente. Su actitud y el fuego que ponía en las palabras pronunciadas con el conciso acento *gercósmico* —el lenguaje del espacio interestelar— merecían un adarme de respeto. El geólogo hablaba y hablaba, exaltándose. No todos los componentes de la Cámara le escuchaban con atención. Prevalecía el escepticismo, la ironía y esa falaz indiferencia que se otorga a los dementes con la esperanza de que el desahogo verbal acabe por calmar sus alteraciones psíquicas. El presidente sabía que muchos esperaban su opinión, contrapuesta a las teorías de Varis, por supuesto, y su orden de disolver la Asamblea ante el giro tragicómico que adquirían las discusiones.

El cardiocontrol *Basdel*, cuya aguja señalaba las alteraciones emocionales de los asistentes, denotaba una ausencia completa de interés por el dramático final que auguraba Varis. Cuando el presidente se levantó, mostrando a todos su impresionante y corva estatura, un silencio sepulcral se hizo en la Asamblea. Hasta el neerlandés dejó de hablar. Y el cardiocontrol y las bandas de percepción electromagnética indicaron que aguardaban su determinación con mal contenido anhelo.

—Hermanos del espacio —dijo el Presidente por el microelevador múltiple con su pastoso *gercósmico*—: La controversia no siempre ha revelado luz. El profesor Varis, a quien estamos tomando por loco, es miembro destacado en el Grupo Humano de la Tierra. Una discusión generalizada nos aparta cada vez más del propósito que perseguíamos al convocar la Gran Asamblea. Propongo que dejemos a un lado las controversias y siga el debate de la Cámara por cauces sensatos, ordenadamente, animados por el sincero afán de encontrar la verdad. Estamos aquí reunidos no para polemizar, sino para llegar a una solución. El profesor asegura que el fin de la Tierra se aproxima. Desde que nos dio la asombrosa noticia una ola de incredulidad ha convertido su programa explicatorio en algo semejante a una pugna

verbal. Dejémosle hablar en paz, sin interrumpirle. Es el único modo de lograr un entendimiento común.

El desencanto se adueñó de los presentes. No esperaban aquello. ¡El Presidente prestaba oídos a los graznidos de un neurótico! ¡Inaudito!

—Sé lo que estáis pensando —siguió—. Y eso, hermanos del espacio, no es cierto. Difiero de las creencias del profesor. Hay infinidad de lisuras en su teoría de autodestrucción planetaria y mis palabras no os deben hacer creer en modo alguno que me adhiero a su causa. Como Presidente no me es lícito inclinarme abiertamente por uno de los bandos… hasta que la evidencia nos traiga un convencimiento pleno e irrefutable. Seguiré comportándome con la imparcialidad que pidieron los núcleos espaciales en el *docten votatorio*. Fui elegido por mayoría y jamás defraudaré ex profeso a esa mayoría. Pido que el debate se individualice. Que dos o tres miembros de la Asamblea representen a la opinión y expongan sus reparos a la tesis mantenida por nuestro entrañable geólogo y compañero.

El persuasivo *gercósmico* del arácnido acabó por calmar los recelos y devolver la ecuanimidad a los delegados espaciales. Durante unos minutos el silencio persistió en la Cámara Universal. La aguja del *Basdel* denotó conformidad. Tres humanos se incorporaron en sus estrados. Ni el Presidente ni el propio Varis se asombraron al comprobar de quiénes se trataba. Era el trío de elementos idóneos que encabezaban la oposición.

Sankar, grueso y rojizo, parecía el más seguro de los tres. Gordens, un vejete dos veces centenario que había agotado todos los recursos de la terapia de rejuvenecimiento, mantenía una mano en el pecho, descansándola sobre el lugar donde latía su corazón de porcelanoplástico, igual que un filósofo pensador y sobrio. Mácidon, el último del terceto, miraba a su alrededor con la verdosa faz desafiante, enhiesto su azulado unicornio, herencia física legada por la unión de su padre —un *maddo* de Júpiter— con su madre —una venusiana nacida en las llanuras gaseadas por nubes de asfixiante metano.

—Estamos dispuestos, Su Prudencia —dijo Sankar por los tres.

—¿Conforme, profesor Varis? —preguntó el Presidente.

—Acepto el reto —admitió el neerlandés secamente.

—¿Aprueba la Asamblea a estos representantes?

Todas las cabezas, testas infrahumanas y cascos relucientes de los *kotes* asintieron con gravedad. El debate podía comenzar con la entera aquiescencia de la Cámara. El Presidente tomó asiento de nuevo en su trono gravitatorio y alzó uno de los seis peludos miembros, indicando que tenían la aprobación para dar principio al acto.

—Pido al profesor Varis que nos explique de nuevo su fantástica

teoría sobre el fin de la Tierra —sonrió Sankar suspicazmente—. No he podido asimilar bien cuanto dijo al iniciarse la sesión extraordinaria de la Gran Asamblea.

—No tengo inconveniente —contestó el neerlandés con voz segura—. No pienso variar un ápice cuanto dije. Hermanos del espacio: Será para mí un placer repetirlo un millón de veces si con ello logro llevar a vuestras conciencias la responsabilidad del horrible final que aguarda a los terrestres.

Varis recorrió con la vista el inmenso círculo de tribunas y estrados. Luego, irguiéndose con valiente resolución, empezó pausadamente:

—Vuelvo a pedir perdón a los astrofísicos que durante siglos han estudiado el fin de la Tierra... ya que sus descubrimientos y los míos difieren atrozmente. No es mi propósito extenderme en la exposición de los hechos puesto que, a pesar de lo manifestado por el honorable Sankar, creo que todos, absolutamente todos, han comprendido mi explicación anterior. Tampoco remacharé sobre el tema inagotable de las rivalidades. Yo soy geólogo. No me avergüenza confesarlo. Jamás estudié el Universo como región celeste, porque mis conocimientos astronómicos son limitados. Pero he estudiado la Tierra en todos sus procesos formativos, evolutivos y analíticos. Conozco nuestro planeta. Y lo que es mejor, conozco sus entrañas.

El profesor había conseguido, al fin, captar la atención general. Dio media docena de inciertos pasos por la plataforma que servía de base al estrado. Su dedo, huesudo y largo, apuntó acusador a los tres hombres.

—Ésos son los astrofísicos —continuó—. No niego la valía de Sankar, Gordens y Mácidon. Su sabiduría les coloca a la cabeza de la legión de superentendidos. Pero sus mismos conocimientos han acabado por envanecerles, convirtiéndoles en seres que creen en su propia infalibilidad, negándose a reconocer toda idea ajena que no se adapte a sus propios convencimientos. Sí, hermanos del espacio; ésos son los astrofísicos. Desde que la Tierra gira en el espacio como mundo vivo, ellos están convencidos de ser los únicos capaces de descifrar el incognoscible misterio de lo infinito. Su desmesurado egotismo ha originado una enfermedad privativa sólo de los astrofísicos. Un cálculo algebraico, trigonometral o racional no puede estar equivocado. ¡Es imposible! Los estudios, las medidas y los pronósticos de la Física Astral son irrefutables. He aquí una razón que explica su obstinación en dudar de lo que dice un simple geólogo. ¿Por qué? Yo contestaré a esa pregunta. Porque hace millones de años, desde los períodos formativos primarios a nuestros días, siempre se ha admitido sin discusión que la muerte de la Tierra llegaría desde fuera, del espacio, del vacío interestelar. Y esta apología venenosa puede ser

la causa de que el fin del planeta nos encuentre a todos indefensos, dormidos en los laureles de una confianza absurda… ¡terriblemente sentenciados a morir sin remisión! Nosotros podemos impedir todavía que la Humanidad se extinga a la par que el planeta que habitamos. ¡Podemos y debemos impedirlo!

Algo electrizante y sobrecogedor flotó en la Cámara cuando Varis pronunció las cuatro últimas palabras. Ya nadie reía. El Presidente sabía que no estaban convencidos. Ni él mismo daba crédito a una serie de frases bien dirigidas, pero faltas de pruebas. Sin embargo…

—Ruego al profesor Varis que nos muestre palpablemente en qué se funda para vociferar de ese modo —propuso Mácidon tranquilo—. Una teoría ha de basarse en algo más que palabras. Esperamos los hechos.

—Antes quiero hacer un poco de historia —alegó Varis.

—Eso es eludir la cuestión —pinchó Gordens, distendiendo las arrugas de su recompuesto rostro al sonreír.

—No eludo la cuestión, Gordens. Mis pruebas son pocas. Más que resultados, me guío por las hipótesis que me estoy formulando desde hace meses.

—Entonces… ¿a qué tanto quejarse de incomprensión, Varis? —se mofó Sankar—. Usted tiene hipótesis; nosotros datos bien cimentados, su pretensión es absurda de todo punto. Y por otra parte, no sabía, hasta ahora, que el ser astrofísico era un grave pecado de vanidad profesional. Claro que si nadie se opone, podemos proponer un voto especial para que los geólogos sean deidificados de ahora en adelante.

—Hermanos del espacio —interrumpió la voz del arácnido—: Sigamos el debate sin mordacidades. Todos deseamos escuchar al profesor Varis.

—Pero él se ha metido injuriosamente con nosotros, Su Prudencia. Eso es ofensa hacia un miembro de la Cámara.

—Y está penado con deportación a las minas lunares o cadena perpetua en los correccionales subterráneos de la Base «M» —recordó Gordens.

El Presidente movió las antenas disgustado.

—No vuelva a zaherir a nadie, profesor —recomendó—. Y ahora, demos por zanjado el incidente. Dijo que deseaba hacer un poco de historia. Silencio todos, por favor. Prosiga, Varis.

—Agradezco la comprensión, Su Prudencia —dijo Varis tras un lapso de silencio que se hizo agotador—. Al decir que pretendo hacer un poco de historia me propongo simplemente recordar algunas de las teorías que los astrónomos y físicos astrales han dejado sentadas de antiguo para justificar el término del planeta Tierra. Hasta ahora han sido las únicas lógicamente admitidas. Y todos los terrestres siguen autosugestionados por ellas, de tal forma, que la sola mención de una

causa distinta a las conocidas produce el efecto de una explosión nuclear.

Varis apuntó otra vez con el índice a los aburridos Sankar, Gordens y Mácidon.

—Ellos y sus colegas han predicho que la Tierra morirá dentro de un tiempo marcado por cualquiera de estos motivos, a saber: Por evaporación de las aguas, quedando nuestro mundo inmensamente seco a causa de una periódica aproximación del Sol, que será también motivo de que los seres vivos mueran achicharrados por emisiones de rayos gama, partículas beta y protones. Hipotéticamente, el diagrama del ciclo del carbono, como llaman a la cadena de reacciones nucleares de donde produce el Sol su aterradora energía, nos asará en medio de la más espantosa graduación calorífica que es posible concebir. Otra de sus teorías favoritas está representada por el choque contra la corteza terrestre de algún asteroide gigante escapado de su órbita astral, que destrozará la Tierra precipitándonos en el vacío y convirtiendo los fragmentos en cuerpos muertos, satélites probables de los restantes planetas próximos a la galaxia solar. La tercera, universalmente admitida, versa sobre el paso de un cometa errabundo, en estado de ignición y provisto de una cola cuya constitución gaseosa vendrá saturada de radioactividad ionosférica. Las emanaciones de estos gases, las nubes de chispas radioactivas y la rarificación de nuestra propia atmósfera, crearán mareas, cuarteamientos, falta de gravedad, excentricidad de la órbita terrestre (también llamada eclíptica), incendios devastadores, cataclismos insuperables y, como final, la asfixia y cremación de cuantos organismos dotados de vida alientan en la Tierra.

El profesor esbozó una sonrisita flemática.

—Mi bosquejo no acabaría nunca si tuviese que enumerar cuantos horrores han sido previstos por los científicos del Universo —agregó —. Calamidades sin cuento, azotes despiadados y horribles castigos han sido el tópico de sus profecías, más o menos probables. Grandes diluvios en oposición a intensas sequías. Muerte de la Tierra por asfixia, deshidratación o explosiones, tal vez producidas en cadena por las armas bélicas —cada vez más terribles— que sin cesar creamos. No os voy a cansar con una explicación prolífica de hechos conocidos. Sólo haré constar dos detalles importantes. Primero: Hasta el momento, los eminentes profetas de la ciencia han coincidido en que el fin del mundo es algo lejano, remotísimo, previsto para dentro de miles de años. Segundo: Aceptación total de que la causa o causas que motiven la destrucción de nuestro planeta provendrá del espacio.

Varis movió negativamente la noble cabeza plateada por las canas.

—Yo discrepo fundamentalmente en este terreno. Ni lluvias de

fuego, ni tempestades de asoladoras cenizas cósmicas, ni siquiera cuerpos celestes mayores que el nuestro capaces de provocar la destrucción fulminante. A sus dos puntos de coincidencia, tan sólidamente confirmados por los astrofísicos, replico con otra pareja de negaciones. Primera: La muerte de la Tierra no es algo perdido en el futuro, sino inminentemente próximo. Segunda: Nada que venga del exterior nos amenaza porque… ¡el propio corazón de la Tierra está a punto de estallar!

La aseveración de Varis era algo que rebasaba los límites de la paciencia. ¡Loco! He ahí la única definición aplicable al profesor. Tras sus palabras, un coro de protestas incontenibles se originó en la Cámara y ni la impresionante majestuosidad del Presidente logró dominar la situación.

Gritos, ronquidos y exclamaciones insultantes acallaron la voz del geólogo hasta obligarla a enmudecer. Fue en vano que Varis esgrimiese los documentos que acreditaban lo fundado de sus estudios. Sankar, Gordens y. Mácidon se abalanzaron literalmente sobre él y deshicieron sus argumentos con punzante crueldad. La Gran Asamblea en pleno lo vapuleó de palabra, obsequiándole con los más hirientes epítetos. El debate duró casi seis horas, después de las cuales, sobreexcitados, afónicos y tan desconcertados como antes de acudir a la Cámara, los representantes de todos los mundos galácticos conocidos solicitaron del Presidente el aplazamiento, que éste concedió en medio de resignada pesadumbre. Jamás se había producido un caso de tan irracional desacuerdo en toda la larga historia del Universo.

El profesor Varis abandonó la Cámara en último lugar. Parecía haber envejecido varios años en aquellas aciagas horas, y caminaba con la espalda doblada, como abatido ante el enorme peso de una incomprensión sangrienta. Nunca más volvió a reunirse la Asamblea. Tal vez muchos de los que entonces le vieron partir en su pequeño vehículo de radiorreacción rumbo a Holanda, sintieran por él lástima y un poco de pena. La mayoría —siempre aquella masa que encabezaban Sankar, Gordens y Mácidon— rió complacida ante sus tribulaciones, victoriosa, proclamando a gritos la estúpida superchería de aquel geólogo visionario.

—¿Se puede concebir algo más anacrónico que la pretensión de Varis? —exclamaba el centenario Gordens, mientras un robot-sirviente le echaba sobre los escuálidos hombros la capa de tejido vegetal traslúcido—. Hace millones de años que el centro de la Tierra se mantiene en ignición. Pero sólo a un ignorante se le ocurriría asegurar que vamos a volar en pedazos ahora, precisamente cuando la ciencia ha aprendido a dominar los tres elementos básicos: aire, agua y fuego. ¡Será el hazmerreír de todas las sociedades científicas terrestres y

extraterrestres!

—Acaso estemos nosotros equivocados, honorable Gordens. Puede que la ceguera sea nuestra y no del profesor Varis.

Todos los rostros se volvieron hacia el que tan reposadamente había hablado. Era Taspachiense Garande, el arácnido triantenoide que presidió la Gran Asamblea.

—No creo que Su Prudencia haya pronunciado esas palabras con convicción —repuso el astrofísico—. Varis está equivocado. Yo, el sabio entre los sabios, lo afirmo. La Tierra no podrá jamás ser destruida por supercombustión interior. Esa teoría repele a la razón menos cultivada.

—¡Quién puede saberlo! —suspiró el arácnido—. Eso creemos ahora. Es posible que el castigo divino que tantas veces habéis leído en las crónicas de vuestros antepasados llegue algún día. Los terrestres sois la raza más fuerte, la que más mundos ignorados ha colonizado y quienes mayores glorias atesoran. Pero sois también una estirpe de seres ensoberbecidos, orgullosos de vuestro poder y… ciegos. Yo no creo en Varis —se encogió de hombros—. Pero tampoco creo en que vosotros, los astrofísicos, seáis los infalibles. Sólo hay Uno infalible. El que nos creó a nosotros y creó el Infinito Espacial poblado de lunas, astros y planetas. Contra sus designios es imposible luchar, por mucha que sea la ciencia aprendida.

Cuarenta y ocho horas después que fuera aplazada la reunión en la Cámara Universal, sólo unos cuantos cientos de los millones y millones de habitantes que poblaban la Tierra habían escapado al terrible castigo advertido por el hombre a quien todos motejaban de loco. Aerocohetes, astronaves, proyectiles espaciales de todo género surcaron las rutas interestelares llevando en su interior seres humanos horrorizados por la apocalíptica catástrofe que destruía la Tierra. De haber prestado crédito a la sincera advertencia del neerlandés, casi toda la población del planeta hubiese escapado a su atroz destino.

Se habría preparado un medio de salvación movilizando las Fuerzas Aéreas Terrestres, improvisando estaciones de socorro y los hombres hubiesen hallado cobijo en la pléyade de astros que poblaban el sistema solar. Pero el desastre se desarrolló con tal rapidez y furia que sólo aquellos cientos de supervivientes pudieron refugiarse en las más cercanas colonias terrestres, narrando lo ocurrido y aceptando el monstruoso cataclismo que casi estuvo a punto de conseguir la extinción de la Humanidad.

Allí, en las colonias que antes fueran inmensos campos flotantes en el cielo de donde la Tierra extraía minerales, elementos radiactivos y riquezas, se reunieron los pocos que lograron salvarse del bestial estallido originado en las entrañas del planeta —tal como avisó Varis que sucedería— resignándose a perpetuar la raza humana, a vivir

precariamente hasta que las comodidades pudiesen ser establecidas y rogando para que las iras de Dios no les alcanzasen en justo castigo a su soberbia desmedida.

Aún debían dar gracias por haberles permitido sobrevivir. Había familias nativas de todas las partes del Globo terráqueo. Y entonces, animados por una voluntad de cooperación nacida al calor del infortunio, hermanados como nunca, igual que componentes de cien aerodinámicas arcas de Noé, se hincaron de rodillas y volvieron los ojos al cielo, a un cielo que estaba muy por encima de aquél que ellos habían creído dominar sin tener en cuenta que sólo Uno puede ser el absoluto dominador de todo.

CAPÍTULO II

DOS MUESTRAS HUMANAS

El caos había avanzado tanto que ya no existía remedio posible. Hasta que la verdad fue tan evidente que les anonadó, los científicos terrestres se negaron a admitir que la Tierra —el inofensivo planeta materno— era el propio elemento autodestructor. Seguían aferrados a las antiquísimas creencias, tan seguros de que el espacio debía ser la vía conductora del desastre letal, que los observatorios de Urania, Luna, Heideiberg, Sudáfrica, Tibet y hasta el inmenso telescopio de Monte Wilson registraron la atmósfera en busca del misterio. ¡Qué fracaso! La muerte de la Tierra no provenía del exterior, sino del interior más remoto... ¡de su propio centro incandescente!

Jass Womeder, un técnico electrónico que hasta el último momento se negó a aceptar el hecho consumado, comprendió también que la suerte estaba echada y que la Humanidad había llegado al término de su período viviente. Al igual que millones de familias enloquecidas por el pánico, abandonó la ciudad donde residía, huyendo del homérico derrumbarse de edificios, agrietarse de la corteza terrestre y negras nubes mortíferas, abrasantes, apelotonadas en el aire, para buscar la salvación en las altas cumbres montañosas.

Inútil. Las cadenas orográficas se desmoronaban, los ríos desbordados corrían por la tierra en medio de fragorosas cataratas y el fin del mundo —un epílogo enturbiado por géiseres de humo, ondas magnéticas y tempestades eléctricas jamás igualadas— era idéntico en plena naturaleza que en las zonas habitadas.

Las envenenadas capas gaseosas que danzaban pegadas a la esfericidad del planeta emponzoñaban cuanto hallaban a su paso. Hombres, bestias y vegetales languidecían, se marchitaban y acababan por morir presos de una asfixia alucinante. Los humanos huían despavoridos, cegados por las capas siniestras, iniciando un éxodo frenético que no tenía principio ni meta. La muerte les perseguía donde quiera que fuesen y la Tierra toda aparecía sembrada de cadáveres igual que un ilimitado cementerio de cuerpos insepultos. La pestilencia nauseabunda de aquellas nubes imperaba sobre cualquier otro olor. Las naves con las que algunos tardíos pretendieron escapar reposaban en los cohetódromos del país rodeadas de muertos.

La gasificación contaminadora era absoluta y sólo los terrestres que primero se vieron poseídos por el espanto y buscaron la liberación alejándose del planeta lograron zafarse de la diabólica sentencia dictada por las erupciones que sin cesar vomitaba el subsuelo. Nada

podía subsistir en aquellas mortíferas condiciones climatológicas, tal vez porque desde que el primer estallido se produjo cesaron automáticamente las benignidades de todos los climas terráqueos. La atmósfera se iba vaporizando progresivamente, descomponiéndose en cristalizaciones irrespirables.

Jass Womeder, exhausto y desfalleciente, se agarró al tronco húmedo de un árbol. Sentía una angustia invencible y las bocanadas de aire que aspiraba apenas si contenían ya el suficiente oxígeno para mantenerse vivo. Como él, cientos y cientos de seres humanos que se alejaron de la ciudad, se desplomaban agonizantes, presintiendo la muerte, siempre envueltos en los nubarrones sombríos que asesinaban a la Tierra. ¡Era horrible morir en plena conciencia de sus actos y con la clara facultad mental de saberse impotente!

Poco a poco, incapaz de sostenerse asido al tronco, la asfixia le fue estrangulando y cayó de rodillas. Junto a él, llorando y gritando de terror, con las pupilas agrandadas y sin sentir el dolor de las heridas, desfilaba la riada humana atropellándose, derribando a los débiles, sin saber en realidad qué camino seguir. Jass apoyó la cabeza en una roca basáltica y entornó los ojos. Iba a expirar. ¡Dios, qué extraña sensación la de un moribundo mentalmente lúcido!

Pensó en su vida. En el pasado. Y también en el presente. Dos días antes, todas las radiotelevisoras de la nación hablaron largamente del profesor Varis, un neurótico sin lugar a dudas. Aquel hombre anunció que la Tierra iba a estallar de un momento a otro. Nadie le hizo caso. Las carcajadas sacudieron al mundo casi con frenesí de histeria. Luego sobrevino la hecatombe. Los primeros en dar la alarma fueron los ríos, tumultuosamente desbordados, inundando kilómetros y kilómetros de tierras. Los grandes volcanes terráqueos, dormidos durante siglos, despertaron de su letargo en una erupción pavorosa. Terremotos infernales llenaron de profundas heridas la corteza terrestre y nubes densísimas, de ignorada composición gaseosa, fluyeron por los millones de grietas con hedor de podredumbre, flotando sobre los sembrados tétricos de cuerpos corruptos. Los pájaros, las aves, los animales, las plantas... ¡Todo dejaba de existir a su contacto!

El Etna, en Sicilia, marcó la pauta en la Confederación de Estados Europeos. Humo, cenizas y metales fundidos, procedentes de las simas hondísimas de la Tierra en forma de arrolladora lava, cubrieron la isla. El Vesubio sepultó a Nápoles bajo una costra hirviente. Strómboli y Vulcano, al unísono, proyectaron lava pegajosa y destructora. El Teide, en Canarias, estalló de forma tan sobrecogedora que sus salpicones derritieron ciudades del Norte de África y llegaron hasta el centro de España. El Hecla, en Islandia, inició una serie de vómitos que hicieron estremecer hasta las sedimentaciones jurásicas y liásicas de la isla.

Sudáfrica se hundía en el mar. El Este del bloque asiático (donde siglos antes se asentara el Imperio Japonés) desapareció esparcido por las convulsiones del Fuji-Yama. El Orizaba, Jorulio, Popocatepetl y los cráteres muertos —ahora redivivos— de Arizona y Colorado asolaron América septentrional, mientras la faja de Centroamérica se resquebrajaba al empuje explosivo del agua. La Unidad de Estados Hispánicos (antigua Sudamérica) sufría la cólera homicida del Pichincha, Cotopaxi y Chimborazo. Y la región oceánica, compuesta por enjambres de islas todas ellas de naturaleza volcánica ardía como una pavesa, transformada en surtidores de fuego que brotaban hasta del propio seno del Pacífico. ¡El fin del mundo acababa de llegar!

Jass, agotado por la falta de oxígeno, inclinó la cabeza y no pudo seguir recordando. Como en sueños notó contra su cuerpo el choque de otra persona y el trueno desordenado creado por las pisadas de cuantos huían. El fragor de los destrozos resonaba en sus oídos. Las montañas caían desmenuzadas y las violentas convulsiones sísmicas cuartearon la tierra. La tempestad eléctrica azotaba sobre su cabeza. El cielo se había tornado negro, oscureciéndose el Sol y cayendo sobre el Tercer Planeta la noche eterna, inexorable, definitiva... ¡La noche que perduraría para siempre en aquella Tierra que fue cuna de conquistadoras espaciales y que entonces sólo era una escalofriante fosa común!

* * *

Igual que millones de años atrás, cuando el planeta Tierra giraba en el espacio iniciando sus primitivos períodos de formación, la atmósfera había desaparecido y los rayos del Sol, libres del filtro gaseoso, estaban empezando a completar la destrucción iniciada por aquella bárbara explosión interna que volvió a convertirle en un cuerpo celeste sin vida. Vahos humosos escapaban del descuartizado suelo. Gases de amoníaco, anhídrido carbónico, metano, bióxido de carbono, helio, jirones sulfúricos y agua en estado de vaporización era cuanto quedaba de la envoltura atmosférica. La carencia de oxígeno representaba la causa primordial de la muerte. Todos los organismos vivos dejaron de existir al finalizar los terremotos, erupciones volcánicas y dantescos desórdenes.

Si acaso —contando con que existiese la más ínfima manifestación de vida— podría encontrarse en los ferrorganismos y las sulfobacterias, capaces de existir sin la presencia de oxígeno, es decir, aprovechando los metabolismos ferrosulfúricos.

Esto lo sabían bien las diez criaturas extraterrestres que tripulaban la espacionave plateada. Pero no les importaba. Aunque cuanto alcanzasen a descubrir con los televisores electrónicos apareciese desolado y muerto, ellos no descansarían hasta encontrar lo que buscaban. Habían sido mandados hasta la Tierra desde un lugar

distante millones de kilómetros. Debían realizar satisfactoriamente la misión. Y no les preocupaba que los bípedos orgánicos de aquel planeta autosacrificado «estuviesen muertos». La muerte era un estado anímico que no contaba con factor de peso en sus propósitos.

La espacionave, volando suspendida sólo a cinco metros de las altas cumbres sembradas de cadáveres, atravesaba lentamente las zonas gaseosas registrando un sector donde se veían pequeños charcos de aguas nitrogenadas de las que escapaban emanaciones de helio. Los estallidos eléctricos que se producían en las capas de neón y argón acompañaban el casi mágico vuelo. Los detectores sensoriales —algo semejante a la localización por radar que antes de la catástrofe tuvieron los terrestres— lanzaban y recibían ondas de comprobación, aunque todas ellas rechazaban sistemáticamente la posibilidad de hallar cuerpos humanos no deteriorados. La tórrida influencia solar consumía los cadáveres esparcidos por doquier, muchos de los cuales aparecías carbonizados porque sin la atenuante atmosférica los tejidos orgánicos se desmenuzaban como bajo la acción de un supremo horno crematorio.

El pausado vuelo duró más de una hora, apreciándose ligeras oscilaciones en la pantalla sensorial, aunque sin alcanzar un grado satisfactorio. Al fin, las ondas paralelas del instrumento se vieron citadas por una vibración luminosa que las cruzó tangencialmente. El operador oprimió un botón azul. Se dio la noticia por emisión psicotelepática y la espacionave quedó suspendida en el aire, semiborrada por las emanaciones gaseosas, tan inmóvil en el vacío como mantenida por un gigantesco electroimán.

Si los miles de hombres muertos hubiesen podido contemplar lo que ocurrió a continuación habrían quedado asombrados y privados de la facultad del habla por bastante tiempo. Por fortuna para ellos, nadie parecía poder acusar la menor reacción anímica, no sólo en razón de su muerte, sino porque la mayor parte se hallaban parcialmente desintegrados por la acción solar. La espacionave no recordaba en nada a las formas clásicas implantadas por los terrestres para la navegación interestelar. Su línea era más bien geométrica y no concordaba absolutamente con los modelos ahusados, punzantes o aplatillados usuales entre los aparatos voladores de la Tierra.

En realidad era la reproducción exacta de un octaedro, con las poliédricas aristas considerablemente alargadas. El centelleante color plata no debía estar producido por este elemento, sino por un metal de apariencia semejante, aunque infinitamente más duro y apto para el vuelo en regiones espaciales. Las superficies del octaedro, formado por triángulos equiláteros de tamaño inmenso, no ofrecían a la observación la menor fisura, irregularidad o abertura para respiración. De hecho era imposible averiguar por dónde, cómo y en qué forma se

introducían en la nave o salían de ella sus lógicos tripulantes. Sólo en la parte superior, grabada con legibles caracteres gráficos, se veía una inscripción. Ningún humano, a pesar de conocer todos los idiomas hablados en el Reino del Sol, hubiese podido deletrear la complicada palabra, si es que era una palabra ciertamente.

De súbito, sin el menor sonido, se abrió una rectangular porción de la nave. Algo silbó después y las capas de nubes fueron disipadas en un amplio sector hasta dejar el octaedro libre de capas gaseosas, centelleando al recibir los efluvios solares en toda su potencia. Luego, un rayo rojo, ancho y rectilíneo surgió milagrosamente por la abertura del rectángulo, formando una especie de pasarela desde el poliédrico aparato a la corteza terrestre. Por aquella pasarela, enfundados en transparentes equipos que recordaban las vestiduras elasticoplásticas de los vagaespacios terráqueos del Servicio de Plataformas Aprovisionadoras, descendieron dos de los tripulantes. No eran humanos. Seguro. Pero estaban dotados de vida inteligente... ¡y resistían las ondas solares sin experimentar el menor trastorno físico!

¡Sorprendente! Allí, en un planeta abrasado, de metales en ebullición y atmósfera descompuesta, sus trajes transparentes neutralizaban la potencia del astro rey. ¡Inconcebible para la mentalidad terráquea! Sirviéndose del rayo rojo igual que cualquier mortal podría hacer de una escala de descenso, la pareja de incognoscibles criaturas bajó hasta tierra. Lo que más poderosamente llamaba la atención de ellos era su corta estatura y la extrema delgadez de su constitución corpórea.

Alcanzarían, a lo sumo, 50 centímetros de altura. La cabeza, excesivamente abultada, parecía una esfera cristalina, desprovista de cabello, cejas y nariz propiamente dichas. Dos orificios idénticos reemplazaban la nariz y la boca. Los ojos, o al menos lo que ocupaba el lugar destinado a los mismos, parecían ser dos bolas ópticas giratorias, desprovistas de córnea, cristalino, humor vítreo y posiblemente de retina y nervio. El pigmento era afín en ambos seres, rojo sangre. Cualquiera que fuese la naturaleza de su composición no podía negarse que *veían* exactamente igual que los humanos...

Su formación física, aunque alejadísima de la habitual concepción orgánica, alejaba la idea de autómatas o desconocidos *kotes*. Algo debía latir en su interior, bien fuese un corazón, una válvula simple para el riego sanguíneo o cualquier engendro biológico. Respiraban, daban sensación de vida... ¡no eran máquinas aunque lo pareciesen! Sí. Sencillamente enloquecedor... pero cierto y real.

El cuerpo, como se adivinaba bajo la envoltura transparente, era delgadísimo, endeble, invertebrado. Poseían seis extremidades (cuatro superiores y dos inferiores) y las que oficiaban de piernas eran tan cortas que los pies —una garra palmípeda— nacían casi en la

iniciación, sin que existiese muslo, rodilla, pantorrilla y tobillo. Los cuatro miembros superiores eran prensibles, superarticulados y levemente escamosos. Pese a ello su aspecto general no resultaba repulsivo ni aterrador.

La apariencia era, sin lugar a dudas, plácida, pacífica y tranquilizadora.

El que primero llegó a tierra sostenía en una *mano* un minúsculo aparato violáceo. Algo semejante a un voltímetro. Se trataba de un *sensitorio* Arden, pero mejorado. Su onda percibía las oscilaciones que reflejaba la pantalla del detector de la espacionave y les servía de guía, conduciéndoles al punto *sensis*, igual que una piedra magnética atrae al metal. Caminaban con cierta torpeza a semejanza de un ganso bamboleante. Pegado al orificio bucal llevaban una especie de botón dorado del que partían dos terminales de alambre conductor, con las bananas ajustadas a los «oídos». Debía tratarse de un medio receptor-transmisor para conservar el contacto hablado con los tripulantes de la nave.

El *sensitorio* les condujo hasta un desmoronamiento de rocas. La avalancha se había producido de tal suerte que formaba cobertizo sobre el suelo. En aquel hueco, erizado de aristas, yacían dos cuerpos humanos, uno tumbado sobre el otro. La sombra que proyectaban las rocas superiores impedían que los rayos de sol carbonizasen los restos mortales del par de terráqueos, aunque los gases dispersos invadían la oquedad en cantidad suficiente para explicar la causa de su muerte. La onda de *sensitorio* se inmovilizó cuando franquearon el radio de acción del núcleo *sensis* y un zumbador entró en funcionamiento, avisando que la localización estaba efectuada. Entonces, una de las extrañas criaturas movió el orificio bucal y empezó a hablar en una especie de guturales susurros que recordaban los ronroneos de una fiera selvática.

—Se trata de dos terráqueos, *sabis* Ksep —dijo—. Un desprendimiento pétreo les ha resguardado de la destrucción solar. Son de enorme tamaño y la muerte debe haberles llegado por asfixia. Espero tus instrucciones.

Las bananas conectadas en los *oídos* enrojecieron y una voz gangosa ordenó:

—Examinadlos detenidamente. Sólo los traeremos a bordo si su estado de conservación es perfecto. Proceded enseguida al análisis y dadme cuenta de los resultados.

—Sí, *sabis* Ksep.

Los extraterrestres se inclinaron sobre el par de cadáveres. Uno de ellos pulsó la parte inferior del *sensitorio* y un silbido idéntico al de poco antes proyectó una corriente aérea que disolvió las nubes gaseosas y permitió verificar el examen con excelente visibilidad. El

otro recorrió calmosamente los miembros, tórax y cabeza de los terrestres, aplicándoles una ventosa plateada provista de dos órganos de escape por los que surgieron chorros nebulizados de un compuesto brillante. El resultado debió satisfacerle.

—La sustancia epispática responde con índice positivo, *sabis* Ksep. El tejido epitelial y las regiones de conglomerado muscular no se hallan deteriorados. Su masa formativa es sana y no perjudicada por los agentes atmosféricos venenosos, excepto en lo que ellos denominan sistema pulmonar, donde se aprecia atrofia. Pesan bastante más que nosotros, aunque tal vez esto se deba a la influencia gravitatoria de su planeta. Acabo de hacer un descubrimiento sensacional, que nos facilita enormemente la labor.

—Explícate.

—Son de especie distinta, *sabis*. Es decir, de tipo *regidor* y tipo *fecundador*. La diferencia se advierte a simple vista, porque tal como estudiamos en el informe expedicionario ambos son opuestos físicamente. No recuerdo cómo les llamaban en aquel informe, *sabis*.

—Macho y hembra. Ellos dicen también hombre y mujer.

—Exactamente. La masa corpórea de la mujer es más suave y tierna que la del hombre. Su delicadeza es aparente. Las mejillas del macho son ásperas y las del otro humano finísimas. Creo que el informe será muy largo si he de efectuarlo por radiotransmisión.

—Déjalo estar. Volved a la nave.

—Estamos tratando de sacarlos de aquí, pero son demasiado pesados para nosotros. Calculo que necesitaremos a toda la tripulación de la espacionave para trasladarlos a bordo.

—Bien. Os mandaré ayuda. Voy a enviar un despacho ultrarrápido a la base secreta de la Galaxia Solar para que comuniquen en Axon el éxito de la incursión.

—Date prisa, *sabis*. El enorme calor reinante empieza a abrir poros en nuestros trajes aislantes.

—Descuida. Esta elevada temperatura no es para nosotros. ¡Parece imposible que los terrestres hayan podido vivir millones de años en un planeta tan cercano al QUINTO SOL!

Desde luego, se hizo necesario el esfuerzo efectivo de todos los enanos especimenes para transportar los cuerpos humanos hasta el octaedro. Un aspirador magnético, envolviéndoles en verdes halos luminosos, izó los cadáveres hasta la abertura rectangular. La mujer fue llevada la primera a una habitación circular a costa de grandes esfuerzos, y para dejar el hombre a su lado, las diez anormales criaturas se vieron obligadas a arrastrarle sobre el pulido suelo vidriado.

El tétrico acarreo les dejó tan extenuados que tuvieron que retirarse a reponer fuerzas mediante corrientes vitalizadoras en la

cámara de reactivación eléctrica. Luego, despegándose de la Tierra a velocidad superior a la luz, el geométrico aparato hendió el espacio rumbo al infinito, perdiéndose de vista con erizante rapidez. ¡Igual que borrado del aire por una descarga atomohidrogénica!

CAPÍTULO III

MUERTOS RESUCITADOS

Fue una sensación desconocida, imposible de describir y hasta cierto punto aterradora, la que se adueñó de él al despertar. ¿Despertar? Un incontenible escalofrío le recorrió d espinazo, sacudiéndole igual que al recibir un recio contacto eléctrico. La pregunta parecía carecer de respuesta. Aturdía su siniestro significado. ¡Era tan inverosímil! Y sin embargo, contra toda lógica, repeliendo las ideas que se agitaban en su cerebro, inexplicablemente... ¡acababa de DESPERTAR! Podía moverse, sentir el latido de su corazón... ¡VIVÍA!

Un confuso tropel de razonamientos —paradójicamente irrazonables— galopaba en su mente. Sentía calor en las manos, un leve dolor en las sienes y respiraba casi normalmente. ¿Cómo justificar tales hechos? El sudor, un sudor frío y pegajoso, empapaba su cuerpo. Estaba seguro, podía jurarlo, de que había muerto asfixiado. Él era un cadáver... ¡No podía estar vivo!

—No te inquietes, Jass Womeder —dijo entonces una voz gangosa —. Te encontrarás completamente bien cuando haya transcurrido un poco. Tu organismo atraviesa ahora por la última fase de recuperación. Estás dejando atrás la crisis mortuoria.

¿De dónde procedía aquella voz? ¿Quién estaba a su lado? ¿Por qué hablaba de *crisis mortuoria*? Parpadeó. Sus pupilas fueron habituándose perceptiblemente a la semipenumbra que le envolvía. ¿Crisis?, se repitió. ¿Era la muerte sólo una crisis temporal? ¿Podía un hombre resucitar horas, días o semanas después de fallecido? ¡Desconcertante... y absurdo! Pero... ¡él murió y ahora estaba vivo!

Trató de incorporarse. No lo consiguió por razón de su extrema debilidad y volvió a caer pesadamente, permaneciendo rígido, tenso, aterrado. Poco a poco respiraba más desahogadamente y percibía una corriente de vitalidad *penetrar* en su cuerpo. Fue serenándose. Palpó con las manos, descubriendo que se hallaba tendido boca arriba sobre una especie de tabla estrecha, pulimentada, ligeramente tibia. Un zumbido tenue como el producido por un generador de energía electromagnética se escuchaba por encima de él. La obligada pausa impuesta para recuperarse le permitió echar una ojeada a la habitación. Pero el vistazo aportó poca luz y aumentó, en cambio, su asombro. Ni él mismo se atrevía a asegurar que *aquello* fuese una habitación.

La cámara era más bien un casquete esférico, bañado por una claridad azulada, irreal, que fluía de las mismas paredes tornasoladas.

Nada, ni el más banal adorno, decoraba la brillante convexidad. Sobre su cabeza, pendiente del polo esférico, colgaba una rizada parrilla, embarrada por añiles resistencias, de las que dimanaba el suave calor que entibiaba la tabla pulida. Ni una ventana, ni un orificio, profunda desnudez. Debía existir, al menos, algún conducto para renovación de aire y expulsión de las capas viciadas, aunque le fue imposible descubrirlo. Lo que sí descubrió y resultó para él una brusca revelación fue el menudo espécimen que le miraba fija y estudiosamente por medio de sus bolas ópticas.

Ya más repuesto, haciendo acopio de energías, se incorporó ayudándose con los codos. Sus ojos se encontraron frente a frente con las rojizas esferas visuales del *sabis* Ksep y tuvo el presentimiento de que un hipnótico poder brotaba de ellas buceando hasta la más recóndita fibra de su ser. La enorme cabeza, el frágil cuerpo y los seis miembros prensiles le hicieron concebir la primera teoría sensata. ¡Pero era tan insensato aquello que él juzgaba probable sensatez!

—¿Te encuentras mejor, Jass Womeder? —deseó saber la criatura extraterrestre haciendo gala de exquisita amabilidad.

—¿Quién es usted? ¿Dónde estoy? ¿Qué significa...?

—Por favor —atajó su interlocutor—. Te ruego que no contestes a mis preguntas del mismo modo. Trataré de explicarte lo mejor que pueda cuánto ha ocurrido... pero eso hay que hacerlo paulatinamente. La impresión sería atroz para un terrestre como tú. Respóndeme, ¿cómo te encuentras?

Jass frunció el ceño, perplejo. El tuteo parecía ser algo acostumbrado entre los exponentes de aquella estrambótica raza y por ello lo aceptó tácitamente. Sin duda habría muchas cosas desconocidas para él a partir de entonces y a las que por fuerza debería adaptarse echando a un lado sus prejuicios.

—Me encuentro restablecido...

—¿Del todo?

—Un poco débil.

—Tus visores... es decir, tus ojos... ¿giran sin dificultad?

—Te veo exactamente como antes de morir... —Jass acabó por sentarse sobre la tabla—. Porque yo había muerto, ¿verdad?

—Sí, terrestre. Estabas muerto cuando te subimos a bordo.

—¿A bordo?

—Estás en la sala *Wick*, una de las muchas que contiene la espacionave. Volamos en dirección a Axon.

—¡Una espacionave! Eso significa que me recogisteis de la Tierra y que tal vez ahora nos hallamos muy lejos de ella.

—Cierto. Calculo que habremos sobrepasado ya los doscientos años-luz, como decís vosotros.

—¿Cuánto tiempo hace que abandonamos la Tierra?

—¿Tiempo...? No sé concretamente qué es lo que entendéis por tiempo, Jass Womeder.

—Es una medida para designar el transcurso de la vida.

—Comprendo. Quizá unos cuantos *dobes*.

—¿Días?

—No importa. Lo sabrás cuando aprendas nuestro sistema quíntuplorracional. Lo importante es que te encuentres restablecido y que tu materia orgánica vuelve a funcionar. Me llamo Ksep y soy el *sabis* de esta espacionave. *Sabis* significa algo así como... capitán en idioma terrestre. Tú te llamas Jass Womeder, eras técnico electrónico y los *Divinis* te han señalado para que seas el primer terrestre que pise nuestro mundo. Deberías sentirte muy orgulloso de tu suerte.

—Me siento confuso, Ksep, terriblemente confuso. Hay una infinidad de cosas que deseo conocer... y al mismo tiempo temo. Tú, en cambio, creo que sabes todo lo relativo a mí. ¿Por qué?

—Lo he extraído de tu razón —fue la contundente respuesta.

El *sabis* anduvo torpemente por la cámara. Oprimió algo invisible y el emparrillado azul se apagó. Luego, moviendo uno de los miembros de arriba abajo, igual que ordenando algo a un ser animado, miró a lo alto del casquete. En el acto, la semipenumbra fue sustituida por una clara iluminación que parecía de procedencia solar.

—El indicador dice que ya estás fuerte y en disposición de reintegrarte al mundo de los vivos. Ahora puedes hacerme cuantas preguntas desees. Contestaré a todas con sumo gusto.

Jass se hallaba efectivamente tan sano como antes de ocurrir la catástrofe. Habían desaparecido los dolores, la sensación de náuseas y podía accionar sin impedimentos sus articulaciones. Posó los pies en el suelo y anduvo unos pasos.

—Te aconsejo que no camines aún —señaló el *sabis* Ksep—. Siéntate. Como tú dices... será cuestión de poco tiempo, Jass Womeder.

El terráqueo asintió. Fue entonces cuando advirtió que el *sabis* había vuelto a sentarse... ¡en el vacío!

—No lo comprendes, ¿verdad? —dijo él—. La cámara proyecta rayos invisibles en torno a la base de la semiesfera. Estos rayos son *consistentes*. Prueba a sentarte. Verás cómo te mantienen.

Ante la desorientación de Jass, añadió:

—Acércate a la pared. Así. Déjate caer ahora con la espalda pegada a la superficie. ¿Qué tal?

¡Maravilloso! Aunque Jass se había dejado caer con cierta prevención, dudando que pudiese existir un rayo invisible capaz de servirle de silla, tuvo que darse por vencido al comprobar que sus muslos reposaban sobre un mullido asiento impalpable y no obstante, *consistente*. Prefirió no devanarse el cerebro buscando la explicación.

Él, como técnico electrónico, sabía que el campo eléctrico ocultaba aún muchos secretos en su seno; tal vez llegase a incrementar sus conocimientos al lado de aquella raza espectacular. Se acomodó a placer. El *sabis* le miraba atentamente, aguardando sus preguntas.

—¿Qué ha sido del planeta Tierra? —empezó.

—Lo ignoro, Jass Womeder. Eso sólo vosotros los terrestres podéis explicarlo. Cuando nosotros llegamos hacía ya varios *dobes* que se inició la destrucción. Como todos los mundos viejos, la Tierra se cansó de seguir viviendo y murió. Ésa es la única explicación que puedo ofrecerte.

—¿Ignoras, pues, si ha habido otros supervivientes?

—Vimos despegar cohetes y astronaves antes de que las nubes mortíferas arrasasen todo resto de vida. Eso me hace suponer que muchos terrestres escaparon indemnes del desastre. Deben haberse refugiado en los planetas y satélites próximos a vuestro sistema solar.

—¿Por qué vinisteis a mi mundo?

El orificio bucal del *sabis* Ksep se frunció.

—Teníamos una misión que cumplir —replicó—. Y la cumplimos.

—¿Qué clase de misión?

—Recuperar cuerpos humanos no dañados por la destrucción.

—¿Con qué fin?

—Lo sabrás cuando lleguemos a Axon, Jass Womeder. Opino que eso es lo que menos importa. Tú estás vivo... ¿qué puedes reprocharnos?

—Nada, lo admito. Pero veo mucha oscuridad en torno a vosotros, *sabis* Ksep. No sé si estoy siendo víctima de una pesadilla. ¡Es tan fantástico lo que me ocurre!

—Estoy a tu lado para disipar esas dudas. Pregunta.

—¿A qué raza perteneces? ¿Cómo sabes mi lengua? ¿Qué significa Axon y por qué hablas del Sistema Solar como una cosa separada en el espacio?

—Pertenezco a la raza axoniana, una de las más antiguas en las regiones interestelares. Axon es nuestro mundo. Un mundo libre, ¿comprendes? La humanidad jamás ha llegado hasta nosotros y vivimos a salvo de esclavitudes colonizadoras. Nosotros conocíamos la existencia de la Tierra, el planeta despótico por excelencia, conquistador, imperialista absoluto del Universo. Pero vosotros, pobres terrestres envanecidos, jamás pudisteis llegar a más de un millón de años-luz de Axon. Ni siquiera la potencia de vuestras naves espaciales permitía sobrepasar el límite de lo que llamáis Galaxia Solar. Nuestros cerebrólogos sabían muy bien que estábamos a salvo. La Galaxia conocida, con sus constelaciones, asteroides y estrellas eran cuanto podíais dominar con la garra terrestre. Nosotros, por fortuna, estábamos fuera de vuestro alcance y así hemos vivido grandes siglos

de paz, al margen de los odios que las conquistas despiertan en los pueblos y las guerras que se desencadenan para romper los yugos de servidumbres.

—¿Cómo es posible que desde Axon se pueda llegar a la Tierra? Si existe un medio, nuestros sabios lo conocerían.

—Ése es nuestro secreto inviolable, Jass Womeder. Existe un medio, desde luego; pero que no te diré. Además, los detalles técnicos del mismo te aturdirían. Sólo cerebros electrónicos superclaros pueden asimilar los cálculos y resolver los intrincados problemas fisicomatemáticos. Axon es el centro de una enorme nebulosa extragaláctica. La nebulosa planetaria axoniana se halla casi en los confines del Universo. Vuestro sol es apenas visible desde allí, aun con la ayuda de electrotelescopios. Quizá esto te haga comprender la escasa importancia que para los axonianos tiene el ponderado Sistema Solar. Por suerte, la atmósfera que rodea a la nebulosa está formada de oxígeno. Tú serás uno de los ejemplares que conservaremos vivos, a diferencia de los otros cientos que hay que mantener en congelación permanente…

—¿Ejemplar? Explícame eso, *sabis* Ksep.

—También me preguntabas por qué conozco tu lengua —añadió Ksep haciendo caso omiso de la interrupción—. ¿Has oído hablar de la proyección telepática?

Jass enarcó las cejas. ¡He ahí una observación que derramaba algo de luz! Debió comprenderlo antes, porque el raro espécimen no pertenecía a ninguna de las razas conocidas que poblaban la galaxia estelar. Aquello justificaba sobradamente el conocimiento que el *sabis* Ksep poseía del inglés. ¡Eran telépatas!

—Sé perfectamente en qué consiste —contestó.

—Entonces sobran las explicaciones, Jass Womeder —continuó Ksep—. No, no somos telépatas —agregó rápido—. Pero poseemos un dispositivo telepático-cerebral que nos permite registrar los pensamientos y aprender el idioma de cualquier extranjero conectándolo en su mente.

—Ahora recuerdo un leve dolor que me aquejaba al despertar.

—Sí. Tenías introducida una sonda. La sacamos nada más completar la educación idiomática. La herida te ha sido cauterizada y no queda ni rastro de ella.

—Debe ser muy amplia vuestra asimilación de estudios desde el momento en que podéis aprender una lengua en pocos instantes.

—No sé lo que son instantes.

—Otra medida de tiempo muy breve.

—Ayudamos a la comprensión con el empleo de una droga psíquica que fija en la memoria cuanto escuchamos, leemos o contemplamos por vez primera, imprimiéndolo indeleblemente. Si

llegado el caso tú tomases esa droga y yo te explicase el proceso de fabricación de un proyectil disolvente, pongo por ejemplo, sabrías tanto sobre el mismo que no te sería difícil construir uno igual. ¿Comprendes?

—Sí, Ksep. Comprendo… y no doy crédito a lo que oigo. ¿Cómo se llama esa droga?

—Las intenciones que te animan a preguntarlo no son pacíficas, Jass Womeder. Lamento tener que negarme a responder.

—Está bien. No lo hagas. Pero hay algo que no comprendo, *sabis* Ksep.

—¿Qué es ello?

—¿Cómo pudiste aprender mi lengua aun empleando la droga milagrosa, si yo estaba muerto?

—Por eso fue preciso alejar la muerte de tu cuerpo. Fue una experiencia interesante… y que jamás habíamos realizado con éxito fuera de organismos axonianos. El alejamiento resultó coronado por el éxito. Por boca tuya vamos a saber muchas cosas de la Tierra, convertida para siempre en cuerpo sin vida, girando en el espacio hasta que un cataclismo mayor la reduzca a polvo cósmico.

—¡Alejar la muerte de mi cuerpo! ¿Esperas que crea esa estupidez? No hay nadie que pueda ser resucitado cuando le llega su hora… ¡ni empleando medios científicos!

—Tú lo has dicho, Jass Womeder. Cuando la muerte llega es imposible salvarnos. Pero no en tu caso. El fallecimiento no fue natural. Se produjo por circunstancias anormales. ¿Entiendes?

—No. No te entiendo.

—¡Es bien sencillo! Tú no estabas enfermo ni eras viejo. Tu organismo se mantenía en perfecto estado. ¿Padecías alguna dolencia incurable? No. ¿Acaso sufriste anteriormente un proceso de rejuvenecimiento? No. Física y moralmente tú eres un hombre joven, sano, destinado a vivir por espacio de *nanes* y *nanes*. La muerte no te había señalado… La asfixia producida por la descomposición de tu planeta fue quien paralizó momentáneamente la vida orgánica. Eliminando la parálisis mortal, tu cuerpo seguiría gozando de los mismos reflejos vitales que antes de fallecer. Esto ha sido, en síntesis, lo que hemos hecho por ti. El experimento ha respondido favorablemente.

Jass se había quedado mudo de asombro.

—La mesilla recoge las ondas que genera el *viviens* superior —aclaró Ksep—. Todo se reduce a un proceso electrocalorífico magnetizante, capaz de infundir vitalidad a un cuerpo no deteriorado interiormente. Después de la expulsión neumática de los gases venenosos, iniciamos el tratamiento al máximo voltaje, con reducción gradual del mismo. Tus tejidos no son como los nuestros y corríamos

el riesgo de incinerarte. Pero una cama de grasa de microneutralizadores profilácticos te puso a cubierto de las quemaduras. El resto ya lo conoces. Has vuelto a la vida.

—Y tal vez hubiese sido mejor estar muerto —murmuró Jass al reponerse de la sorpresa.

—¿Por qué dices eso?

—Porque no sé lo que me espera a vuestro lado. La muerte era una solución. La vida, esta nueva vida ficticia, abre una incógnita trágica en mi futuro.

—¿Te hemos causado algún mal, Jass Womeder? Ninguno. Y tampoco deseamos sacrificarte. Vivirás una existencia distinta a la que llevabas en la Tierra… eso es innegable. Pero exenta de peligros, preocupaciones y enfermedades. En Axon no existen virus maléficos y prácticamente se desconocen las dolencias que aquejan a tantos otros pueblos de galaxias más próximas que la nuestra.

—¿Seré libre? Responde a esto, *sabis* Ksep.

El axoniano tardó un minuto en contestar. Sus bolas ópticas miraban tan rectamente a los ojos de Jass que éste temió un buceo telepático. Al parecer había puesto el dedo en la llaga con aquella pregunta y dio en el único punto vulnerable de sus captores.

—Te hemos procurado una compañera —dijo al fin Ksep variando de tópico—. La mujer hará que olvides tu situación en Axon. Por lo que he extraído de tu mente sé que ella es indispensable para la continuación de la raza humana. Sin mujer no hay reproducción. Seréis felices. Y tendréis continuadores orgánicos que nacerán en una tierra más fecunda y pacífica que el turbulento planeta que fue vuestra cuna.

—¿Crees que puedo unirme a una hembra… de tu especie? Ignoro cómo serán, pero juzgando por tu presencia creo que nunca conseguiría amarla lo suficiente para resignarme.

—Debes haber olvidado a la mujer que te acompañaba en la huida. La encontramos a tu lado, también muerta, y decidimos subirla a bordo.

El nuevo giro dado a la conversación significó tanto para Jass que hasta se olvidó del eludido problema de su libertad.

—¿A qué mujer te refieres?

—A la terrestre que huyó contigo, Jass Womeder.

—Creo que en este caso habéis sufrido un error. Nadie me acompañaba cuando escapé de la ciudad para buscar la salvación en las montañas. En mi subconsciente queda un pequeño recuerdo. Algo semejante al golpe propinado por alguien. Por cuanto me has dicho, deduzco que esa mujer debió chocar conmigo antes de caer desvanecida. Quedaríamos juntos. Quizá eso os indujo a creer que ambos éramos personas allegadas.

—¿Es eso cierto?

—Completamente, *sabis*. Desconozco a la mujer de que me hablas.

Ksep meditó un instante.

—De todas formas —replicó—, en Axon tendréis ocasión de conoceros. Ella no encontrará otro terrestre en el DILIUM RESTATORUM y aceptará de buen grado tu amor cuando empiece a sentirse sola.

—¿Qué es el DILIUM RESTATORUM?

—El lugar donde viviréis en Axon.

—¿Alguna cárcel?

—No sé lo que es cárcel.

—A las cárceles de la Tierra llevan los prisioneros capturados. No cabe duda de que para vosotros soy un prisionero, sea cual sea la forma que tengáis de llamarme.

—Tú no eres un prisionero, Jass Womeder. Siempre hacemos prisioneros a los enemigos, pero ése no es tu caso. En realidad podría decir que representas al género humano en mi mundo.

Ksep calló y Jass no hizo la menor objeción. En vista del silencio, el *sabis* se permitió agregar:

—El Gobierno axoniano nos envió a la Tierra para conseguir muestras de sus habitantes... con destino al DILIUM RESTATORUM. No me preguntes más sobre ello. Puesto que has de vivir allí, sabrás bien pronto en qué consiste.

Jass abandonó el cómodo asiento sobre el rayo y paseó por la cámara. Ksep le veía hacer encerrado en un mutismo contemplativo.

—Bien —admitió por último Jass—. No haré más preguntas. La cabeza me da vueltas, porque son demasiadas emociones juntas en tan poco tiempo. Ya iré averiguando vuestros propósitos, *sabis* Ksep. Aunque me agradaría aclarar ahora todo lo relativo a la mujer terrestre.

—¿Quieres conocerla?

—Me encantaría.

—Es bella, joven y tan sana como tú.

—Puede que tu concepto de la belleza difiera bastante del mío propio.

—Sígueme. La hemos sometido al mismo proceso electrocalorífico que a ti. Se encuentra en la sala *Derw*, otra de las cámaras vitalizadoras de la nave, y debe estar empezando la recuperación orgánica. Cuando vuelva a la vida deberé explicarle lo mismo que a ti... y eso resultará más difícil, porque en su cerebro hay secciones afectadas por el terror. Seguramente la catástrofe de la Tierra la impresionó rotundamente. O tal vez se deba a su inferior constitución física. Sus masas musculosas son menos consistentes que las tuyas.

—Las mujeres son más débiles que los hombres, *sabis* Ksep.

—Eso he podido averiguar. En Axon, a diferencia de la Tierra, las hembras de la especie son idénticas a nosotros, salvo en la propiedad fecundadora de polinización. Acompáñame. Aún la verás dormida.

A un ademán del axoniano, la pared esférica se distendió como si estuviese compuesta de material plástico, dejando una regular abertura por la que salieron a un larguísimo pasillo. Ksep alargó uno de sus miembros superiores y se agarró a una de las muchas anillas doradas que colgaban del techo, indicando a Jass que le imitase. Asidos a ella, sin que aparentemente pareciesen moverse del mismo sitio, fueron arrastrados hasta el final del pasillo.

Aquel extraño medio de locomoción cesó cuando llegaron a otra semiesfera exacta a la de la sala *Wick*, correspondiente a la cámara *Derw*. Una vez dentro, atónito hasta el anonadamiento, Jass tuvo ocasión de contemplar a la terrestre, que iniciaba la fase de cadáver resucitado. Hasta entonces se limitó a aceptar los hechos como algo irremediable e imposible de solución. Cuando vio a la mujer, que lentamente empezaba a abrir los ojos, un chispazo de rebeldía alumbró su corazón.

Debían la vida a los dos axonianos, desde luego. Pero si lo que se proponían hacer con ellos era lo mismo que Jass estaba pensando, intuía que muy pronto iban a lamentar haber resucitado a los dos terrestres. Jamás serían reducidos sin lucha.

CAPÍTULO IV

CEREBROTECA, ALIADO PROVIDENCIAL

Se llamaba Grace Discano y había sido sub-directora de una fábrica de robots domésticos en la Tierra. Su reacción al volver a la vida fue diametralmente opuesta a la de Jass. La presencia del *sabis* Ksep la horrorizó, haciéndola prorrumpir en gritos y amargos sollozos. Su razón, como Ksep advirtió, estaba resentida por los terrores que la sacudieron en su fuga hacia las montañas. No podía concebir su resurrección y hasta que lograron calmarla, se halló presa de frecuentes crisis de histeria, seguidas de desvanecimientos, *shocks* nerviosos y alteraciones cardíacas.

Jass tuvo que poner en juego sus pacientes dotes de persuasión y hablarle largamente de lo ocurrido, mientras el *sabis* Ksep adoptaba un discreto segundo término. Entre tanto duró la fase de pánico, le fueron administradas cápsulas tranquilizadoras y hasta una pequeña dosis de la droga milagrosa que permitía retener en la memoria cualquier explicación. De aquella forma, la evidente verdad de su situación llevó al ánimo de Grace Discano el convencimiento de que no existía escapatoria momentánea y la desesperación inicial cedió paso a la resignación.

Los días subsiguientes, *dobes* como calificaban los axonianos al transcurso de cada jornada, acabaron por tranquilizarla. Jass no la abandonó ni un segundo, pero siempre bajo la vigilante mirada del *sabis* Ksep. Hasta cierto punto, Jass se sentía dichoso con la compañera que el destino le había deparado, porque Grace Discano era una muchacha capaz de infundir gozo en el más gélido de los terrestres. Todavía se hallaba en su «vida íntegra», es decir que, como él, no sufrió terapias de rejuvenecimiento. Era bonita, decididamente bonita, y su cultura extensa añadía un atractivo más a los muchos de orden físico que poseía. El ajustado vestido verde que ceñía su cuerpo de acuerdo con la última moda femenina, armonizaba maravillosamente con la espléndida cabellera rubia y los grandes ojos claros. Sabía sonreír de un modo encantador y cuando lograba alejar la sombra que recordaba los momentos tan cruciales que atravesaban, era una delicia permanecer junto a ella.

Desde el primer momento hizo partícipe a Jass de sus propósitos. No, no se dejaría amilanar por la adversidad y lucharía con todas sus fuerzas para escapar de los axonianos. Prefería mil veces la muerte a vivir esclavizada, puesto que sólo esclavitud podía aguardarles en Axon. Su alegría fue estruendosa al advertir que su compañero

pensaba de igual forma. Ambos conseguirían su empeño o perecerían en la empresa, porque la muerte era preferible a la dominación de aquellos especimenes de seis miembros y enorme cabeza globular. Animados por esta intención, íntimamente reconfortados, decidieron mostrarse ante el *sabis* Ksep bajo una falsa capa de complacencia al objeto de ir ganándose gradualmente su confianza.

No fue difícil. Los axonianos poseían un carácter familiar y abierto. Con una simple sonrisa se ganaba su simpatía. Perseveraron en el sistema y pronto obtuvieron autorización para desplazarse a capricho por el interior de la inmensa nave. Justamente a los veinte *dobes* de navegación, Jass se reunió para almorzar con ella siendo portador de una prometedora noticia.

Durante las comidas, a base de aminoácidos y proteínas en estado de licuefacción, gozaban de una relativa libertad, puesto que el *sabis* Ksep les permitía estar solos. Los alimentos les eran directamente teleportados desde los hornillos de cocción atómica y bastaba oprimir un pulsador para que apareciesen en la plataforma que oficiaba de mesa. Así pues, gozaban de absoluta soledad y tal circunstancia les permitía enfrascarse en consideraciones encaminadas a labrar su libertad una vez aterrizasen en el planeta de la nebulosa extragaláctica.

—¿Cómo van esos progresos, Jass? —inquirió ella con fraternal avidez.

—Magníficamente. Esta mañana he conseguido permiso del *sabis* Ksep para visitar la cerebroteca de la nave. En las dos horas que ha durado mi visita aprendí un montón de cosas nuevas sobre Axon y sus pobladores. Al parecer, los seres de esta exótica raza ignoran lo que es desconfianza. Todos me trataron cordialmente y se ofrecieron para ayudarme en cuanto necesitase. Estoy empezando a creer que si el *sabis* Ksep nos seguía a todos lados no era obedeciendo a un preconcebido plan de vigilancia, sino en previsión de que un descuido por nuestra parte pudiera causarnos daño. Desean entregarnos «intactos» en Axon; así debieron sentir nuestros antepasados terráqueos al descubrir fósiles prehistóricos, momias egipcias o restos de civilizaciones que el paso del tiempo extinguió de la faz del mundo.

Grace le escuchaba con atención, saboreando la sopa de aminoácidos condimentada con sabores aptos para ser percibidos por los paladares terrestres.

—Es curioso. Desde que volví a la vida, la impresión de que desean conservarnos como reliquias de algo memorable no se ha apartado de mi imaginación.

—Tal vez esa sea la razón de sus extremadas precauciones.

—¿Qué es una cerebroteca, Jass? En la Tierra tenemos bibliotecas del pasado, discotecas, pinacotecas… pero creo que jamás escuché esa

palabra. ¿Es un lugar donde se conservan cerebros?

—No —sonrió Jass—. Verás. Resulta un poco difícil de explicar. Trataré de darte una idea. La cerebroteca es, en realidad, una biblioteca corriente... pero en donde los libros son delgadísimas láminas de un metal parecido al platino. Tú sabes que en la Tierra hace muchos años que fueron desechadas las bibliotecas, tan en boga durante los siglos XX, XXI y XXII. Las pocas que se conservaban no funcionaban oficialmente, puesto que ya nadie necesitaba leer un libro para enterarse de su contenido. Habían quedado reducidas a monumentos nacionales del pasado, donde la gente acudía para comprobar lo muy atrasados que vivían los tatarabuelos de nuestros bisabuelos. Nosotros empleábamos como medio común las televisotecas. Los libros se habían convertido en pequeños cilindros que adaptábamos a los televisores y la lectura pasó a convertirse en visión, sucediéndose en las pantallas la cadena de imágenes que superaba en mucho el poder informativo de la lectura ocular.

—Así es.

—La cerebroteca viene a ser lo mismo, pero encauzando el estudio de los libros por medios mentales. Me explicaré. Cada volumen, debidamente clasificado por materias, géneros y grados de enseñanza, es, como te dije, una finísima plaquita de platino. De los bordes de esta placa surgen dos hilos casi impalpables, rematados cada uno por agujas. Cuando alguien desea informarse debidamente toma la placa, la aprieta contra la frente y pincha sus sienes con las agujas. No se experimenta dolor alguno. Un desvanecimiento delicioso se adueña de tu voluntad. Hablando en términos vulgares, puedo decirte que es como si un sueño placentero te dominase. Sin ruidos, sin fatigas, sin el menor esfuerzo, el texto del libro va «pasando» directamente a tu cerebro, enriqueciéndolo con los conocimientos que contiene, como traspasando toda la sabiduría encerrada en él a tu mente. El sueño termina al mismo tiempo que la lectura total. Desclavas las agujas, dejas la placa en su lugar... ¡Y recuerdas minuciosamente cuanto fue depositándose en tu mente! ¡Es inconcebible, Grace! Lo he experimentado personalmente. Aunque me advirtieron que existe una limitación para nosotros, los terrestres —informó—. La capacidad de asimilación cerebral no permite más que la lectura de tres o cuatro placas por día. Ahora he comprendido por qué tienen los axonianos tan desarrollada la esfera craneana. Posiblemente cualquiera de ellos podría aprender una especialidad científica con sólo estar cerebro-estudiando varios días sin interrupción.

Grace se mordió los carnosos labios, aturdida.

—Es todo demasiado irreal... incluso para nosotros que pertenecíamos a una clase culta de da Tierra. Hay ocasiones en que

me siento igual que un niño empeñado en resolver los problemas que ni su propio profesor puede solucionar. ¡Esos engendros cabezudos son tan inteligentes!

—Pienso emplear todo mi tiempo útil en la cerebroteca, Grace. Cuanto pueda aprender sobre ellos nos ayudará grandemente. No aspiro a equiparar mi mentalidad a la suya, pero necesitamos conocer sus puntos débiles y todo lo relativo a Axon si queremos escabullirnos nada más poner el pie en su planeta. De mis conocimientos dependerá una buena parte de nuestra libertad. Ellos son numerosos, estarán armados y dispondrán de eficaces controles en todo el reino de la nebulosa extragaláctica. Nosotros no contamos ni con la más rudimentaria arma defensiva. Sólo con inteligencia podremos derrotarles. Necesito estudiar, Grace. Sin descanso. Cuando aterricemos en Axon he de poseer un conocimiento exacto del país y de los habitantes.

Consciente de que éste debía ser el objeto básico, Jass Womeder se dedicó a *almacenar* en su cerebro el mayor número posible de placas.

Así llegó a poseer un rico manantial de cultura axoniana. Durante las comidas, aprovechando aquel gentil privilegio otorgado por Ksep en atención a su soledad, ponía a Grace al corriente de los últimos progresos logrados. Sus revelaciones animaban extraordinariamente a la muchacha, pero también le hacían ver claro cuán insignificante eran las probabilidades a su favor comparadas con las de los axonianos para mantenerles prisioneros.

—Hoy he completado mi estudio geográfico sobre Axon —dijo Jass varias noches después—. Conozco los principales puntos de referencia en el Planeta Central, llamado Lódovex, donde reside el Gobierno y al cual nos llevarán casi con seguridad. Podría orientarme sin equivocaciones en ese Planeta, a pesar de no haber estado jamás en él. Sé la situación de sus grandes lagos salados, las cadenas montañosas, ciudades más importantes y, lo que es mejor que todo, sus zonas.

—Háblame de ello, Jass. Tu fe en el triunfo aleja de mí cualquier pesimismo.

—Axon es un conjunto de planetoides más o menos habitables, la totalidad de los cuales forma lo que se ha dado en llamar nebulosa extragaláctica. Lódovex, o Planeta Central, es el de mayor tamaño y cuenta con condiciones climatológicas aptas para la habitabilidad. Bosquejándolo a rasgos generales, Lódovex constituye un mundo muy parecido a nuestra arruinada Tierra. Es de forma ovoide, o sea aovado, posee atmósfera de oxígeno y se halla bajo la influencia solar de Damy, una estrella de magnitud alfa que rige los períodos diurnos y nocturnos casi idénticamente como nuestro Sol. ¿Te aburro?

—No. Al contrario.

—Axon se encuentra dividido en tres zonas climatológicas, las cuales se manifiestan en todo el grupo de planetoides y con especial intensidad en Lódovex. La Zona Media, que nosotros llamaríamos templada, donde se encuentra el núcleo más elevado de población. En los polos, igual que ocurría en la Tierra, existen amplias extensiones heladas, apenas si hay señales de vegetación y las montañas aparecen en su mayor parte cristalizadas. Los axonianos llaman a esta parte la Zona Blanca. Sería un buen lugar para encaminar nuestros pasos... si contásemos con elementos para combatir las bajísimas temperaturas, tan frígidas que comparados con ella nuestros casquetes árticos y antárticos son verdaderos paraísos. La última zona, designada con el nombre de Reino Verde, es una franja tropical, lujuriante, que recibe toda la potencia solar de Damy, donde el avance de la civilización es imposible porque la Naturaleza virgen impera en ella de forma avasalladora. Temo que ésa será nuestra única salvación. Los axonianos son muy sensibles al calor y nosotros podremos soportar mejor una temperatura tropical que el clima polar de la Zona Blanca.

—Iré donde tú me lleves, Jass. Tengo plena confianza en ti.

—Lo sé, Grace, y me alegro de ello.

Durante el tiempo que habían permanecido juntos, nunca se les ocurrió pensar que pudiese existir otro impulso distinto al de la libertad. Entonces, sin saber por qué causa, ambos quedaron mudos mirándose dulcemente a los ojos, extasiados en la mutua contemplación de sus rostros.

Ella había respondido con cariñosa ternura y Jass, por vez primera, se dijo que algo podría complicarse a última hora. Trató de no pensar en ello y le costó un gran esfuerzo desviar los ojos.

—La Zona Verde es un lugar casi remoto en Lódovex —añadió—. Nadie se atreve a adentrarse en su territorio. Creo que la búsqueda se haría intrincada si nos ocultásemos en las inmensas selvas. Allí estaríamos a salvo por una temporada. Luego, ya decidiríamos.

—He pensado en ello, Jass. ¿Hay posibilidades de volver a la Tierra?

—Temo que ninguna. Además, nuestro planeta ya no es habitable. Aunque pudiésemos regresar, sería un viaje inútil.

—Así pues... estamos condenados a vivir siempre en Axon o a vagar errantes por el espacio.

—Sí.

Volvió el silencio y ella buscó sus pupilas con la mirada.

—¿Nunca me abandonarás, ¿verdad, Jass? —musitó muy bajo.

El terrestre sonrió. Una emoción honda y embriagadora le hizo temblar de pasión.

—Nunca —replicó—. Te sacaré de aquí... y seré tu compañero

toda la vida.

Era algo más que una persona. Un verdadero pacto indestructible.

Y constituyó también el gran estímulo que le animó en las penosas jornadas de indagar en la cerebroteca de la nave. Aquel recinto donde se rendía verdadero culto a la sabiduría, engalanada por la sepulcral quietud de un camposanto, fue un providencial aliado para los terrestres. Gracias a las placas, Jass recogió inapreciables informes y pudo ir esbozando su plan operativo. Cuantos puntos oscuros se presentaban respecto a Axon eran aclarados instantáneamente con una sesión *cerebroestudiosa*. No podía anotar nada, pero su bien desarrollada memoria, reforzada por el prodigioso método de enseñanza mental, acabó por convertirle en un portentoso técnico en cuestiones axonianas. Sus descubrimientos eran mayores cada día. Siempre que existía oportunidad, Jass ponía en antecedentes a Grace de los adelantos conseguidos.

—He averiguado algo muy prometedor para nosotros —manifestó en otra ocasión—. He meditado y creo que vamos a poder librarnos del *sabis* Ksep y sus hombres nada más lo deseemos.

—¡Oh, Jass! ¡Eso sería estupendo! ¿En qué consiste?

—Escucha —pidió él—. En Axon, concretamente en la Zona Media del Planeta Central, se desconocen las enfermedades. Los axonianos son las concepciones dotadas de vida más sanas del Universo, porque todos los virus maléficos fueron aislados de sus tierras habitadas hace siglos. No sé si habrás caído en la cuenta de que nosotros hemos sufrido un proceso intenso de profilaxis y que nuestros organismos funcionan tan maravillosamente como los de una máquina perfecta.

—Ahora que me lo haces notar, estoy dispuesta a confesar que jamás en mi vida me he sentido mejor.

—No contenemos germen alguno que pueda dañarnos. Nuestras ropas, a pesar de que las llevamos puestas varias semanas, no están sucias ni polvorientas. Aunque aparentemente todo sigue igual, nos hallamos tan puros como después de haber sufrido una portentosa desinfección. Fíjate. Nosotros *estamos* desinfectados. Ellos, *son* así. Esto que a cualquier terrestre puede parecerle raro, es lo corriente entre los axonianos. Desconocen las dolencias epidémicas, las enfermedades bacteriológicas y las contaminaciones microbicidas. Sus cuerpos, a fuerza de ser superesterilizados, no están preparados para resistir la más leve afección. Te pondré un ejemplo. Si tú y yo padeciésemos un resfriado, aun con ser una dolencia benigna, les contagiaríamos de tal modo que a las veinticuatro horas de pisar Lódovex todos los habitantes del planeta enfermarían, ya que la transmisión de gérmenes sería algo relampagueante.

—¿Qué te propones hacer?

—Busco, sencillamente, el medio de inutilizarles temporalmente para que no puedan impedir nuestra fuga.

—¿Cómo, Jass?

—Muy sencillo. He estado dándole vueltas al asunto desde que conocí esta característica de la raza. Ahora tengo la solución.

—¿Cuál es?

—¡Tabaco!

—Ta... tabaco —repitió ella.

—Exacto. Nada de medios científicos ni aparatosos. Un arma tan simple que casi todos los hombres de la Tierra empleaban para deleitarse.

Grace le miró sin comprender, aunque enervada por la triunfal excitación de Jass.

—Desde que fuimos resucitados no se me ocurrió fumar ni un solo pitillo —dijo él—. ¿Por qué? Es fácil de explicar. Yo había muerto y al dejar de existir se extinguió el hábito vicioso de fumar. Ayer, casualmente, advertí que aún tenía un paquete de cigarrillos en el bolsillo de mi camisa. Encendí uno y a la primera bocanada estuve a punto de desmayarme. ¡Mi pura naturaleza actual no podía resistir el tabaco! Ya no era un placer inhalar humo aromático... ¡Era un auténtico veneno! Esto me hizo reflexionar. Comprendí que un simple cigarrillo bastaría para envenenar momentáneamente al *sabis* Ksep... ¡proporcionándonos tiempo para escapar!

—¿Y cómo te las arreglarás para hacerle fumar?

—No será necesario. Bastará con que yo lo haga y le arroje las bocanadas en su propia cara. ¿No has visto nunca un niño toser, lagrimear y hasta amodorrarse a causa del cigarrillo que su padre dejó encendido en el cenicero? Los axonianos quedarán envenenados por las emanaciones humosas del tabaco. El efecto será el mismo que si aspirasen una dosis de nicotina gasificada.

—¡Bravo, Jass! ¡Ésta es una gran noticia!

—Escaparemos, te lo aseguro. Yo también he encontrado el medio de alejarnos de la espacionave. Utilizaremos uno de los pequeños trineos aéreos que emplean para efectuar incursiones a poca distancia de la nave. Los he visto y sé cómo manejarlos. Volaremos en él mientras dure el combustible o la onda generadora que les impulse. Espero llegar a las proximidades del Reino Verde antes de que el *sabis* Ksep y sus hombres hayan dado la alarma en el cinturón de planetoides axonianos.

En los siguientes días, Jass siguió madurando su proyectada fuga hasta subsanar las lógicas deficiencias que continuamente aparecían. Lo hizo, naturalmente, sin abandonar el estudio. Costumbres, flora, fauna y características de toda índole, siempre relacionadas con Axon y sus pequeños mundos, quedaron grabadas en su mente,

preparándole con amplitud en aquella materia poco antes desconocida —e ignorada— para cualquier terrestre.

Sus avances seguían en orden ascendente. Sin embargo, el *sabis* Ksep, que hasta entonces le había dejado actuar libremente creyendo que sólo trataba de aplacar una curiosidad muy propia del género humano al que pertenecía el prisionero, empezó a preocuparse al verle corretear por los pasillos de la nave investigando y haciendo preguntas sobre el armamento, aparatos de control remoto y especialmente familiarizándose con el manejo de los diminutos trineos aéreos, utilizados como medio de exploración y aprovisionamiento por los axonianos. Aquello le obligó a adoptar una decisión que pilló a Jass desprevenido. Sus palabras textuales fueron éstas:

—Nos hallamos a cinco *dobes* de Axon, Jass Womeder. Te vengo observando y creo que tus visitas a la cerebroteca fatigan el compuesto mental de tu esfera pensadora. He de rogarte te abstengas de seguir por ese camino. Si mis jefes advierten el desmejoramiento en que te encuentras podrían acusarme de negligencia.

—No hay tal desmejoramiento, *sabis* Ksep.

—Lo hay, Jass Womeder. Estás nervioso, sobreexcitado, alterado por ese afán investigador que te domina. En lo sucesivo se te prohibirá la entrada. Tendrás tiempo de estudiar cuanto quieras en Axon. Los *dobes* restantes los emplearás para reponerte y conseguir que tu aspecto sea lo más saludable posible. No quisiera tener que convertir este consejo en una orden tajante. Deseo que sigamos siendo amigos y si he decidido suprimir tus sesiones en la cerebroteca es sólo con miras a evitar un quebrantamiento de tu organismo carnal.

Era un burdo pretexto para impedirle ampliar sus conocimientos y así lo expuso Jass ante Grace cuando se encontraron en el comedor aquella noche.

—¿Crees que sospecha algo, Jass?

—Posiblemente. En concreto no puede acusarme de nada, pero su prohibición entraña un deseo patente de desviar mis intenciones. No importa. Trataremos de comportarnos tranquilamente el tiempo que nos queda de viajar por el espacio, Grace. De todas formas, ya sé lo suficiente para arriesgarme a intentar a fuga. ¿Recuerdas lo que te dije respecto al DILIUM RESTATORUM?

—Sí.

—Esta mañana he averiguado en la cerebroteca en qué consiste. Tenías razón. Seremos esclavos de los axonianos el resto de nuestra vida.

—¿Qué es el DILIUM RESTATORUM, Jass?

—Resulta un poco difícil de hallar la traducción literal de esas dos palabras en nuestro idioma, aunque su significación es terriblemente clara. En la Tierra nosotros poseíamos recintos parecidos, donde

guardábamos especies vivas de animales cuyas razas se habían ido extinguiendo con el tiempo. El DILIUM RESTATORUM viene a ser algo semejante. Allí pretenden llevarnos para unirnos a los ejemplares vivos capturados en los más diversos lugares de las galaxias.

—¡Un zoológico!

—Exactamente. El DILIUM RESTATORUM de Lódovex es el más nutrido de esta parte del Universo, hasta ahora ignorada por los habitantes del Reino Solar. Existen en él restos raciales de especies que vivieron en mundos astrales que, como a Tierra, fueron destruidos un día en virtud de horribles cataclismos. Si el *sabis* Ksep no me hubiese prohibido visitar la cerebroteca podría ampliar mi información. No obstante, creo que ya tenemos suficiente con esto para imaginar lo que nos reservan, por muy corteses que sean en su trato estos pigmeos humanoides.

—¡Hay que impedirlo a toda costa, Jass! —suplicó ella.

El terrestre asintió gravemente.

—Lo impediremos. Te prometo que esos cinco *dobes* es todo cuanto nos queda de cautiverio.

Grace no replicó pero le miró con amorosa gratitud, firmemente persuadida de que él realizaría imposibles para cumplir lo prometido. No se equivocaba, porque la decisión de Jass Womeder era irreductible. La cerebroteca había servido para ponerle al corriente de cuanto deseaba saber. Reconocía que intentar la fuga era un proyecto temerario y plagado de dificultades. El Reino Verde escondía una gran cantidad de peligros que sólo cerrando la razón a toda lógica podían darse por ignorados.

Pero Jass Womeder pertenecía al género humano. A la raza intrépida por excelencia. Y esa raza jamás se da por vencida, por muy aviesas que sean las opresiones extrañas, mientras subsiste un adarme de esperanza.

CAPÍTULO V

LA FUGA

La astronave se hallaba a dos segundos-luz del planetoide más alejado del núcleo galáctico de Axon. A través de las pantallas y visores era posible descubrir su color anaranjado y el tamaño, no mucho mayor que una aceituna. Chorros tangenciales de gas, proyectados formando masa en torno a la nave, crearon un coeficiente sintético de gravedad artificial para mantenerle inmóvil en el espacio. Al mismo tiempo, los deceleradores entraron en funcionamiento, frenando el impulso de traslación hasta dejarles *parados* en medio de aquel cielo opalescente tan distinto al negro firmamento que dejaron atrás, donde la luz, por carencia de reflexión, era a los ojos humanos oscuridad completa.

El planetoide se llamaba Byzz y Jass Womeder explicó a Grace que pertenecía a la clasificación de los deshabitados. La vida era imposible en él por ser el más próximo a Damy, la estrella que constituía el sistema solar de la galaxia axoniana. La gigantesca nave se había detenido al fin y a través de los telecomunicadores interiores se cruzaban ininterrumpidos mensajes en lengua natal, todos ellos patentizando el júbilo que producía a los hombrecillos el regreso a su patria. Valiéndose de las nociones que Jass tenía del idioma axoniano, captó en más de una ocasión frases alusivas a ellos, siempre refiriéndose a ambos con la denominación común de los *ejemplares*.

—Me escalofría la sola mención de esa palabra —manifestó Grace cuando él le puso en antecedentes.

—Pronto dejarás de oírla.

—¿Qué te hace pensar eso, Jass?

—Nos hemos detenido, ¿no? Presumo que esto no obedece a razones de mero trámite. Apostaría algo a que el *sabis* Ksep nos hace comparecer ante él. Forma parte del ritual, según un libro de costumbrismos que asimilé en la cerebroteca.

—¿Con qué propósito?

—Seguramente...

Jass dejó de hablar y ella supo inmediatamente a razón. La vítrea transparencia convexa de la pared se distendió en aquel momento y un axoniano de segunda categoría —constitucionalmente inferior a la oficialidad de la astronave— entró en la estancia que les servía de habitación. Su orificio bucal improvisó la mueca característica que equivalía a la sonrisa humana y con uno de los cuatro miembros superiores se rozó la abombada frente a modo de saludo.

—El *sabis* Ksep os ruega que me sigáis —dijo empleando un inglés meloso y fonéticamente deformado—. Desea hablaros.

—Con mucho gusto —replicó Jass tomando a Grace del brazo—. Condúcenos.

—Jass... tengo un poco de miedo —musitó ella junto a su oído.

—Tranquilízate —sonrió Jass palpándose el paquete de cigarrillos que abultaba en el bolsillo de su camisa de fibra vegetal—. Vamos a enfrentarnos con la oportunidad tan deseada. Y no pienses en ello, por favor. ¡Si nos proyectaran una onda telepática estaríamos perdidos!

Asidos a las anillas doradas se trasladaron velozmente por el dédalo de acristalados pasillos. Jass se sentía sereno, resuelto, dueño de sí mismo. Ella, aunque se esforzaba en aparentar tranquilidad, temblaba levemente y cuando sus ojos se encontraban con los de su compañero de infortunio, una sombra de zozobra descubría su íntima alteración. Precedidos por el enviado devoraron las distancias. Las anillas se detuvieron ante una cámara equivalente a la sala de asamblea y soltándose volvieron a pisar el firme suelo. El axoniano habló y la pared abrió paso a los recién llegados.

Rodeando un plano de fosforescente luminosidad presidido por el *sabis* Ksep, vieron a cuatro especimenes más. Jass los conocía a todos superficialmente. Eran los cuatro *madis* o lugartenientes de Ksep. La reunión poseía, pues, carácter oficial.

—Retírate —ordenó el *sabis* a su subordinado—. Acomodaos, por favor —añadió en inglés, dirigiéndose a los terrestres.

Éstos con desenvuelta familiaridad se sentaron en los invisibles rayos que fluían de las paredes y aguardaron sus palabras. No llegaron hasta que la oficialidad axoniana y los terráqueos quedaron solos. Debía ser aquélla una representación trascendente. Los *madis* les miraban con tanta fijeza que las mejillas de Grace acusaron un creciente rubor.

—Creo que ya conoces a mis ayudantes en el mando de la nave, Jass Womeder.

—En efecto, *sabis* Ksep. Los he visto muchas veces por los pasillos.

—Entonces, los presentaré a Grace Discano.

—¿Por qué tantas formalidades?

—Es elemental esta cortesía en presencia de una hembra humana —replicó el *sabis*.

—No creo que ella tenga interés en conocerles. Además, olvidaría sus nombres con facilidad. Opino que es mejor ir directamente al asunto. Si tú no tienes nada que oponer, te lo agradeceríamos. Ambos estamos impacientes por conocer tus propósitos.

—Sigues siendo impulsivo, terrestre —advirtió Ksep—. Y osado.

—Es defecto de mi raza, *sabis*. Te lo ruego, di lo que tengas que comunicarnos.

Los cinco axonianos miraron a Grace como esperando su personal aprobación.

—Soy de la misma opinión que Jass —musitó ella insegura.

—Bien —asintió Ksep—. En tal caso sobran las presentaciones.

—¿Por qué nos han mandado llamar? —apremió Womeder.

—Merecéis una explicación —contestó el jefe—. Tú me la has pedido más de una vez. Entonces no estaba autorizado para dártela.

—Oigámosla ahora.

—Supongo sabréis que hemos llegado a Axon.

—Sí. Hemos visto el planetoide Byzz a través de las pantallas.

Ksep arrugó la abombada frente.

—Aprendiste mucho en la cerebroteca —señaló.

—Pero sé que aún queda otro tanto que ignoro, *sabis*. Quizá tú desees enseñármelo.

—Quizá. Decía que hemos entrado en la zona espacial de la galaxia axoniana. Ocho minutos de luz nos separan de Lódovex, corazón de la patria. Antes de que aterricemos en el navehódromo quiero contestar a las preguntas que un día me formulaste. Te diré por qué os llamábamos *ejemplares*.

—Adelante.

—Seréis destinados al DILIUM RESTATORUM... donde se guardan muestras vivas o en estado de congelación pertenecientes a todos los mundos habitados que han hallado la muerte en el Universo.

Jass se mantuvo inexpresivo. Grace, instintivamente, clavó las afiladas uñas en las palmas de sus manos.

—¿No te sorprende?

—No.

Los cuatro *madis*, a un tiempo, miraron a su jefe. Ellos, al parecer, sí estaban sorprendidos.

—¡Debe sorprenderte! —gruñó el *sabis* Ksep—. ¡Es allí en donde viviréis... en donde tendréis vuestros hijos... donde os llegará el fin de la existencia orgánica!

—Ya lo sé, Ksep. Lo supe hace unos *dobes* —replicó Jass sonriendo—. No puedo encontrar sorpresa en una cosa sabida, ¿verdad?

—¿Quién te lo dijo?

—Nadie.

—¡Responde con la verdad, Jass Womeder! ¡Desintegraré al traidor que...!

—Un momento. Parece como si algo no te hubiera salido bien. Quieres una respuesta más concreta, ¿eh? De acuerdo. Te la daré con una sola palabra: Cerebroteca.

Los cinco axonianos enmudecieron. Un tinte ceniciento ensombreció sus esferas craneanas. Evidenciaban un estupor que

cualquier terrestre confundiría sin vacilar con auténtico terror.

—Sabes demasiado. Eso me obligará a extirpar algunos de tus órganos pensadores. Lo que has aprendido puede llevarnos a la pila atómica, Jass Womeder.

—¿Es allí donde ejecutan a los negligentes, *sabis* Ksep?

—Jamás te mostraste tan insolente ante mí. Antes de dejar atrás Byzz sufrirás el tratamiento.

—Estudié algo sobre trepanaciones vitales en la cerebroteca —sonrió Jass, al tiempo que lentísimamente llevaba la diestra al bolsillo de su camisa—. Vi ejemplos lamentables de una cirugía propia de dementes. Marcianos castrados, jovianos privados de sus tentáculos defensivos, estelares sin antenas... y hasta decapitados que aún vivían mediante procesos bulbosanguíneos. Muchos vagaespacios desaparecieron misteriosamente de sus planetas de origen... sin que nadie pudiese entrever la causa. ¡Yo sé el motivo ahora! Os servían para experimentar en carne propia. Pero recuerda esto: Yo no tendría el mismo valor para el DILIUM RESTATORUM sin facultades de raciocinio o con los miembros cercenados. Además, eso no te salvaría de que en Lódovex se ignorase tu descuido. Conozco el medio de propalar la verdad.

—¡Está mintiendo, *sabis* Ksep! —advirtió uno de los lugartenientes—. ¡El *Coltem* indica propósitos confusionistas!

Jass había ganado el tiempo suficiente para alcanzar un cigarrillo y llevarlo a sus labios. En un ademán rapidísimo rascó un fósforo y chupó con ansia desmedida. La primera nubecilla de humo quedó flotando en el aire... ¡sin diluirse!

—¡Cuidado! ¡Tiene intenciones trágicas, *sabis* Ksep!

La advertencia llegaba un poco tarde. Mientras rogaba a Dios con inusitado fervor, Jass siguió extrayendo bocanada tras bocanada, quedando con el rostro oculto tras la cortina de azulado humo.

—¡Tira eso enseguida, Jass Womeder! —ordenó Ksep azogado—. ¡No pueden hacernos variar tus maleficios!

—No son maleficios —habló Jass con voz ronca, poniéndose en pie y asiendo a Grace del brazo—. Es tabaco. Nicotina pura. Algo que en la Tierra usamos casi todos los humanos. Se llama... ¡cigarrillo!

¡Cómo abrasaba su boca a cada succión! Tanto tiempo sin fumar y sometido al régimen profiláctico de los axonianos, el tabaco le producía el mismo desagrado que a un recién nacido. Hasta sintió náuseas y deseos de escupirlo. La nube de humo era cada vez más densa, apelotonándose en la cámara... ¡sin ascender al techo!

No había tiempo para detenerse a analizar el mágico fenómeno. La espesa niebla amenazaba con asfixiarle también a él y arrastró a la muchacha a un lado. Le lagrimeaban los ojos. Al caer la ceniza y chocar en el suelo se produjo un leve chasquido, como de contacto

eléctrico. La propia ignorancia de lo que podía surgir de aquel cigarrillo le aturdió. ¿Qué terrible poder se encerraba en el aparentemente inofensivo cilindro de papel y rubias hebras? ¡Inexplicable!

Grace estaba tosiendo. Jass se quitó el pitillo de los labios, jadeando, y miró en torno a él. ¡Lo que vio acabó por erizarle los cabellos y helarle la sangre en las venas!

—Jass… ¡estoy aterrada! —exclamó Grace.

—Y yo. Imaginaba que les envenenaríamos, pero… ¡ésta es el arma más terrible que el hombre ha fabricado jamás por pocos centavos! ¡Mírales! ¡Se están retorciendo en una agonía silenciosa y dramática!

¡Algo escalofriante! Uno de los *madis*, el que accionaba el operador del *Coltem*, había caído de bruces y manoteaba pesadamente con los seis miembros prensiles. Sus compañeros, en medio de un silencio enloquecedor, se arrastraban pegados a las paredes, luchando por articular palabras… ¡sin que brotase ni el más ínfimo sonido! ¡Estaban mudos! El *sabis* Ksep, con la enorme cabeza abatida sobre el pecho, se iba doblando lentamente hacia adelante, bañado en un sudor fluido y maloliente.

—¡Salgamos de aquí, Jass! ¡Esto es horripilante!

—No me lo explico… —tartamudeó él—. ¡Dios mío, qué pesadilla! ¡Paso! —gritó a la pared, que se abrió al instante.

Antes de abandonar la cámara aún alcanzaron a ver el tinte verdoso que pigmentaba las gruesas cabezas de los axonianos. ¡Y él asimiló en la cerebroteca que cuando se ponían verdes era porque la muerte se adueñaba de ellos! La bola humosa producida por el cigarrillo se había dilatado inconmensurablemente y apenas si podía ser contenida en la cámara. Un jirón de la misma se alargó, escapando por la abertura y avanzando pasillo adelante.

—¡Un cigarrillo! —silabeó Jass arrojándolo violentamente—. ¡Un simple cigarrillo! ¿Qué ocurre con el tabaco al emplearlo en esta región extragaláctica, Grace? ¿Puedes tú aventurar una hipótesis razonable?

—No hay nada razonable en este asunto. Estoy helada de pavor y no sé… ¡Jass! ¡Tienes los labios cubiertos de sangre!

¡Sangre en su boca! Jass escupió y el rojo esputo tiñó la vítrea superficie del pasillo. Se frotó con el dorso de la mano y un manchón escarlata pintó su epidermis. El descubrimiento le dejó momentáneamente paralizado.

—Tienes los labios cortados… —suspiró Grace—. ¡Dios quiera que no hayas contraído alguna dolencia incurable!

¿Era aquello posible… o sólo fruto de una sugestión hipnótica creada por los que ellos creían retorciéndose macabramente? No; no

había tal sugestión. La mente humana repelía tan absurdo pensamiento. Tal vez se despellejó la boca al succionar con avidez. No sentía dolor alguno. Apenas un sutil cosquilleo.

—¡Corramos a la enfermería, Jass! Es necesario que te curen...

—¡Bah! No tiene importancia... Estoy tratando de encontrar una explicación lógica a tantos fenómenos; pero... ¡Diablos!... ¡No puedo encontrarla!

—Es muy significativo que ellos hayan sido envenenados por el humo... y tú estés sangrando.

—No podemos desaprovechar esta oportunidad. ¡Jamás volverá a presentarse otra si nos amilanamos, Grace! Lo mío no debe ser grave, ya que no experimento molestia alguna. Acaso todo sea motivado por la diferencia atmosférica o una densidad de gravedad superior a la terrestre. ¡Qué importa! Lo cierto es que nos hemos librado de la oficialidad y que la nube sigue esparciéndose por doquier, aumentando de volumen, descomponiendo el aire y creando masa gaseosa a su paso. ¡Aprisa! ¡Sígueme a las cabinas de lanzamiento!

Ella trató de oponerse, pero se hallaba como alelada por la rotunda sucesión de hechos inconcebibles. ¡Un cigarrillo! Sólo eso; pero... ¡qué catastróficamente destructor resultó! Jass olvidó de momento la sangre que manchaba sus labios. ¡Al cuerno con aquella preocupación! Carecía de tiempo para curarse porque... ¡ya no era posible retroceder! Iniciaron la pendiente desde que las primeras volutas surgieron del pitillo y empezaron a esparcirse en el ambiente, sin deshacerse en invisibles hilillos como ocurría en la Tierra.

Sólo quedaba una alternativa: Seguir adelante. Deseaban escapar, ¿no? Todo lo demás carecía de importancia. Por la abertura de la pared brotaba humo y más humo, potentemente tóxico, como compuesto de los mismos gases siniestros que un día no lejano envolvieron a la Tierra y ahogaron a sus pobladores.

¿No podía ser que los cigarrillos estuviesen aún impregnados por la atmósfera letal del planeta? Rechazó la hipótesis. Los axonianos les sometieron a una desinfección concienzuda. ¿Cómo entonces explicar la metamorfosis venenosa del insignificante trocito cilíndrico? ¡Al diablo! gruñó Jass para sí. Y como la compacta niebla se adueñaba del pasillo, tiró de Grace y juntos corrieron hacia la escalerilla móvil que conducía al planicírculo superior.

La astronave aparecía desierta. Jass pulsó el control de acción y la escalerilla se deslizó obedientemente, depositándoles en la parte alta. Sólo impulsado por la curiosidad, el joven miró al abandonado pasillo... ¡casi invadido por aquella pegajosa bola disforme y creciente!

—Si no lo viese no lo creería. ¡Ese cigarrillo era un volcán en potencia! ¡Apresurémonos! Ignoro el efecto que a larga puede causar

en nuestro sistema pulmonar, pero es evidente que la espacionave no tardará en verse rebosante de humo.

Otro pasillo cristalino nacía ante ellos. Empleando las anillas no tardaron en dejarlo atrás. Al llegar al recodo se soltaron y avanzaron hasta la cámara de despegues. Fue entonces, en aquel preciso instante, cuando una pared se abrió dando paso a un axoniano de la categoría *dos combativa*, convenientemente armado. Por las divisas que brillaban en sus muñecas, Jass comprendió que pertenecía a la Milicia de Defensa. Grace sofocó a medias un grito de terror, que puso sobre aviso al soldado. La situación sólo podía salvarse actuando con rapidez. Y Jass admitió que el medio más rápido consistía en emplear la violencia.

Soltando a la muchacha se arrojó sobre el axoniano en el mismo momento en que éste llevaba el miembro más próximo a la pistola triangular que pendía de su cintura. El encontronazo fue demasiado recio para el espécimen, que se tambaleó y chocó pesadamente contra la pared de vidrio sintético. Antes de que pudiese reponerse, Jass cerró el puño derecho y le golpeó con toda su fuerza en medio de la frente.

El soldado salió proyectado hacia el otro lado del pasillo, dio un traspié y cayó como un fardo, rodando desordenadamente por el suelo. Su cabeza se estrelló contra el borde inferior del recodo y produjo un crujido seco, rajándose exactamente igual que si se tratase de una maciza pecera de cristal. No volvió a moverse. ¡Y empezó a adquirir un tinte verdoso que se extendió por todo el escuálido cuerpo!

—Jass... —silabeó Grace—. Ese hombre... ese hombre...

—Está muerto —completó él—. Y no es un hombre. Si acaso, una especie de bichejo dotado de vida.

—¡Pero le has matado!

—No quise hacerlo.

—¡Oh, Jass! Tiene la cabeza despedazada, abierta en grandes fragmentos...

—¡Grace! —reprendió él—. No es ocasión para andarse con remordimientos. Yo no deseé matarle, te lo aseguro. Mas no hay remedio. Se trataba de su vida o la nuestra. Si perdemos el tiempo en lamentaciones nos atraparán. Sigue corriendo. Te alcanzaré enseguida.

El axoniano había adquirido un aspecto repulsivo. Verde, yerto, destrozado. Sus miembros, tal vez por atrofia muscular o ligamentosa, se encogieron del mismo modo que las patas de un escarabajo al dejar de existir. Por las grietas de la cabeza se escurría una pasta blanquecina y grumosa. Ni aun como materia de análisis era grata la contemplación. Jass, venciendo la repugnancia que le inspiraba, desabrochó el cinto de plástico y lo ciñó a su cintura, sintiéndose más dispuesto a acometer cualquier empresa con la pistola pendiente de la

funda. Echó a correr por el pasillo, tratando de olvidarse por completo del cadáver, y alcanzó a Grace antes de llegar a las plataformas de despegue.

—Hay… hay dos soldados —notificó ella temerosa—. Están de vigilancia.

—Eliminaremos ese estorbo en un segundo.

—Tendrás que matarles también y… ¡Oh, Jass! ¡No quiero más muertes!

El joven forzó una sonrisa y le rodeó el talle con un brazo, atrayéndola hacia él.

—Grace —murmuró—. Tú y yo nos hemos aceptado mutuamente sin casi mediar palabras. Reconozco que no había margen para las preferencias. Desde que nos sacaron de la Tierra y nos devolvieron a la vida, el destino tenía dispuesta nuestra irremediable unión. No me pesa. Sin embargo, creo que ahora debo hacerte una confesión. Te quiero, Grace —afirmó tras breve pausa—. Te quiero más que a nadie. Y no puedo permitir que estos engendros humanoides nos esclavicen para siempre por los lógicos escrúpulos de conciencia. Quizá mis palabras te parezcan despiadadas; no lo son, nos estamos defendiendo, luchando por nuestra existencia y debemos ser inexorables, como lo fueron ellos al incluirnos en su lista de ejemplares para el DILIUM RESTATORUM.

—Lo sé, Jass; pero…

—Pero te amo —atajó él acariciándole las mejillas con los labios al hablar—. Por encima de todo, eso es lo que cuenta. Mi amor hacia ti. Te amo tanto que estoy dispuesto a obedecerte. Elige: Esclavitud… o libertad. Ya sabes lo que significan ambas cosas. Nosotros o ellos sufriremos las consecuencias.

Grace inclinó la cabeza y se estrechó contra él.

—Tienes razón —admitió—. He sido una boba… Nunca más volveré a recriminarte, Jass. Porque… porque yo también te amo con todo mi corazón.

—Gracias, nena. Estaba seguro de que comprenderías. No te muevas de aquí. Y cierra los ojos. El espectáculo no será muy atrayente.

Eran las primeras palabras preconizando amor que pronunciaban desde que la suerte o la desgracia les reunió a bordo de la astronave axoniana. Durante unos segundos ella le estuvo mirando embelesada, sumisa y cariñosa como nunca. Jass sonrió. Le alzó la barbilla con la mano y besó dulcemente sus tibios labios. Luego desenfundó la pistola de glicerina protónica y apuntó a la cabeza del soldado que montaba guardia junto al cuadro de controles radiodirectrices. Oprimió el gatillo y una llamarada pálida, igual que un irritante ramalazo de fuego, envolvió al espécimen. Cuando se disipó la vívida luz, sólo un

humeante resto quedó de él.

El otro soldado se revolvió con toda la rapidez que le permitieron sus cortas piernas, aprestándose a la defensa. Jass disparó de nuevo, pero el rayo de fuego pasó por su lado sin herirle, reduciendo a añicos uno de los propulsores interplanetarios, que quedó fundido después del resplandeciente latigazo luminoso. El *dos combativo* tiró de la culata y amartilló su pistola, replicando con un disparo que licuó una porción de la pared situada detrás de Jass y la petrificada Grace Discano.

Torpemente, asustado de veras, dio media vuelta y echó a correr en dirección al cuadro del que sobresalían varias palancas.

—¡Detente o disparo! —gritó el terrestre.

El hombrecillo siguió corriendo. Llegó al cuadro y bajó la palanca más cercana de un recio tirón. Una luz azul parpadeó dos veces en la pantalla esférica, como respondiendo al movimiento. Aunque a Jass le dolía acabar con él por la espalda, comprendió que ya había perdido demasiado tiempo. Apuntó bajo y apretó el gatillo. El estallido de luz producido por los rayos gliceroprotónicos surgió debajo de un hombro y el axoniano cayó de bruces, comenzando a consumirse como bajo los efectos de una incineración portentosa.

—¡Camino libre! —exclamó Jass—. Sígueme, Grace. Escaparemos en aquel trineo aéreo.

Esforzándose por no fijar los ojos en el par de abrasadores rescoldos a que habían sido reducidas los vigilantes, la joven corrió en pos de su camarada. Cuatro trineos, impulsados por pilas atómicas, se veían alineados ante la pancha de despegue lateral. Los informes que tan pacientemente habían ido recogiendo sirvieron entonces de mucho. Jass consultó el indicador calorífico.

—Habrá que ponerse trajes aisladores —dijo—. La potencia solar de Damy nos achicharraría. ¡Allí están!

Con seguros ademanes abrió una vidriera y eligió dos equipos elasticoplásticos de la talla mayor. Dejó la pistola sobre un transformador nuclear y ayudó a Grace para que pudiese enfundarse dentro del suyo.

—Estos trajes permiten mantener el organismo en un índice climatológico regulado y tienen la propiedad de polarizar los rayos solares —explicó—. Los utilizaremos el tiempo suficiente para alejarnos de las inmediaciones de Byzz y dejar atrás la estrella Damy. Antes de que empiecen a perder sus propiedades estaremos a la vista del Planeta Central y enfilaremos rumbo al Reino Verde, donde nos hallaremos momentáneamente a salvo. Respira pausadamente al principio. Podrás hacerlo con normalidad cuando el automático funcione al ritmo de tus pulmones. Si quieres hablarme conecta estos terminales en tus oídos y oprime con la mano el botón microfónico.

De no hacerlo así, me sería imposible escucharte o conseguir que captes mi voz. ¿Entendido?

—Sí, Jass.

—Conforme. Cierra la banda adherente cuando tengas la capucha calada.

—¿Por qué bajaría la palanca el guardián? —preguntó ella antes de calarse el capuchón transparente.

—No lo sé, Grace. Tal vez dio la alarma.

—¡Cuánto deseo salir de aquí!

—Es lo que vamos a hacer. No te inquietes. Hemos pasado lo peor. La dotación de la astronave es reducida y no creo que puedan atacarnos... porque la nube de humo que invade el pasillo inferior nos protege. Quien intentase subir moriría asfixiado.

—¡Menos mal que te has preocupado de todos los detalles!

—¿Lista? —sonrió él.

—Lista.

—Acomódate en el asiento trasero del trineo. Voy a accionar los resortes que descorren las paredes de la pista.

Grace asintió y se instaló en la especie de zueco plateado que daba forma al trineo aéreo. Volarían al descubierto puesto que la pequeña máquina aérea constaba de una proa puntiaguda y dos agujeros cilíndricos por los que se introducían hasta medio cuerpo. Jass acabó de vestirse el traje y fue a cerrar la capucha cuando...

—¡Eh...! ¡Uff...! ¡Maldita sea! —articuló.

La sorpresa pudo más que el dolor que le producían las dos enormes manos duramente cerradas en torno a su pecho. Sacudiéndose frenéticamente luchó por desasirse de la presa. Aquellas manazas le elevaron con igual facilidad que si se tratase de una pluma. Ladeó a medias la cabeza sin cesar de maldecir y descubrió el silencioso atacante.

Era un servomecanismo o robot construido a semejanza de un hombre. El cuadrado que le servía de cabeza carecía de ojos, nariz y boca. Dos cuernecillos surgían a ambos lados de lo que podía llamarse frente... ¡Y un circuito eléctrico chisporroteaba de borne a borne! Debían dirigirlo por ondas y descubría a quienes tenía que atacar valiéndose de resortes magnetizados. Su fuerza era extraordinaria y los largos dedos metálicos se clavaban en Jass amenazando con quebrarle los huesos.

—¡Grace! ¡Auxilio! ¡Me están atacando! ¡Grace!

Los gritos eran verdaderos alaridos, agudizados por el dolor y la cólera de haberse dejado sorprender. ¡He ahí por qué movió la palanca el axoniano! Trató de escurrirse hacia abajo, pero la presión de la máquina aumentó y la tenaza se hizo insufrible.

—¡Oh, Grace! ¡Me... me va a despedazar! ¡Vuélvete... por Dios!

La muchacha no podía oírle. De espaldas a él, acomodada en el trineo, no sospechaba el menor percance. El equipo aislador le impedía captar los sonidos externos, a menos que Jass conectase los terminales y hablase por el aparato acústico. ¡Y necesitaba llamar su atención antes de que el robot le machacase como un desmenuzador de minerales! Pero… ¿cómo?

—¡Gra…! —la manaza le cubrió el rostro, ahogando sus gritos— … Mmmm… ¡La pistola! —bramó despellejándose la nariz al desviar la cabeza de un violento tirón—. ¡Dispárale!

¡Inútil! Grace seguía inmóvil, aguardándole. Jass pateó, dirigió puñetazos en todas direcciones y no logró otra cosa que magullarse al golpear el duro metal. Tenía el rostro amoratado por el esfuerzo. Su resistencia iba haciéndose débil. Entonces el robot empezó a moverse, paso a paso, con lentitud de apisonadora, en dirección a la pared. ¡La verdad alumbró su cerebro! Se proponía apoyarle contra el muro vítreo y hacer presión con el poderoso pecho… ¡hasta aplastarle!

—¡Grace! ¡Grace! ¡No me abandones! —gimió—. ¡Estoy perdido!

El dolor le nublaba la vista y le sumía en un desvanecimiento paulatino. ¡Cómo se aproximaban a la pared! Dentro de unos segundos todo habría terminado. Apretó los dientes, rabioso, y alargó las piernas para apoyar los pies en el muro y dar tiempo a que la joven pudiese extrañarse con su tardanza.

De aquel modo consiguió detener el avance del monstruo mecánico, pero sólo un instante. Su potencia maquiavélica, pese a la lentitud, acabó por obligarle a doblar las rodillas y someterse a sufrir lo inevitable. Con el ardor del desespero, irracionalmente, reunió las últimas energías y entrecruzó sus piernas entre las del robot, tratando de hacerle caer. Logró pararle y hacer que trastabillase, desviándole ligeramente de su camino. Luego, la manaza golpeó su nuca, igual que un péndulo de reloj y las sombras le invadieron, perdiendo la noción de las cosas.

¡Trass! Un encontronazo enorme, que hizo retemblar todo su cuerpo, le devolvió a la conciencia. Creyó que estaba sufriendo el aplastamiento contra la pared y estuvo a punto de soltar una carcajada nerviosa al advertir que se hallaba de bruces en el suelo, gateando por él. Se arrastró unos metros y después, temiendo lo peor, miró a su espalda.

—¡Al fin… Dios Todopoderoso! —exclamó.

El robot aparecía envuelto por una llamarada feroz que embadurnaba su estructura metálica de pegajoso y negro hollín. Hasta más de la mitad había desaparecido, fundido por la acción de los rayos protónicos, y de cintura para abajo se estaba derritiendo acompañado de secos chisporroteos luminosos. A pocos pasos de él vio a Grace, pálida como un cadáver, empuñando la pistola con ambas

manos y lanzándole oleadas de rayos destructores.

—¡Basta! ¡Basta, nena! —le gritó levantando una mano para hacerse entender—. ¡Es suficiente!

Ella dejó de oprimir el gatillo y corrió hacia el caído, que se incorporó prestamente. Los dos jóvenes, trémulos por la excitación, se abrazaron y permanecieron silenciosos. Cuando Jass despasó la banda adhesiva de la capucha transparente escuchó los sollozos de Grace. La besó en los labios tratando de calmarla. El robot se desplomó con ruido de chatarra vieja y siguió derritiéndose, fundiéndose el metal como un pedazo de mantequilla bajo a acción del calor.

—Fuiste muy oportuna, cariño —agradeció él—. Había perdido la esperanza de salvarme.

—Me... me volví para llamarte y... ¡Oh, qué terrible es todo esto, Jass!

—Lo sé, lo sé... Pronto pasará. Eres una mujercita valiente... y te quiero mucho más por instantes. Vamos. Hay que salir de aquí. Dame la pistola.

Jass accionó la rueda del mando de despegues y la diáfana superficie de la astronave se deslizó hacia un lado, dejando abierto el camino para saltar al vacío. Un soplo de aire ligeramente cálido les dio en el rostro. Cerraron las capuchas y montaron en el trineo aéreo. Sin perder ni un instante más, puso en funcionamiento la propulsión de pilas atómicas y la diminuta nave, dejando una estela vaporizada a popa, arrancó velozmente y surcó el espacio con fácil soltura.

Damy brillaba cegadoramente en el cielo opalescente y sereno, pero marcadamente tórrido y recorrido por corrientes desiguales de capas calientes. El octaedro fue empequeñeciéndose a su espalda, mientras Jass, nivelando el rumbo, daba la máxima rapidez a la máquina aérea. Cinco minutos después era un borroso punto perdido en el espacio sobre cuyas superficies centelleaban los rayos del sol axoniano.

—Libres, Grace —sonrió el terrestre a través del micrófono.

—Libres, Jass —repitió ella emocionada—. Ojalá sea para siempre.

CAPÍTULO VI

EL REINO VERDE

Era imposible escapar totalmente a la influencia solar de Damy, con mayor motivo teniendo en cuenta que su punto de destino era el Reino Verde, la zona extragaláctica más castigada del Planeta Central. Pero a medida que alargaron la distancia disminuyó el riesgo de morir achicharrados y pudieron despojarse de los trajes aisladores —inútiles ya por haber perdido las propiedades polarizadoras—, respirando a pleno pulmón la atmósfera axoniana, rica en oxígeno. ¡Era una auténtica delicia poder hacerlo, sintiendo el azote del viento contra el rostro, después de tantos días bajo la acción de refrigeradores mecánicos!

Las baterías atómicas respondieron ampliamente y prolongaron la navegación aérea hasta el máximo. Se les hizo de noche antes de llegar a los confines del Reino Verde, un ilimitado manchón arbóreo sólo interrumpido a trechos por los grandes lagos salados y ríos que ocupaban las simas de antiquísimos cráteres. El firmamento se veía hermoseado por fenómenos nocturnos en virgen plenitud y Grace miraba con ojos agrandados por la admiración cuanto ocurría a su alrededor, atendiendo las joviales explicaciones de Jass.

—Mira, nena. Polvo estelar; más arriba, líneas luminosas que se entrecruzan; a la derecha una gran nebulosa del tipo M 31[1].

Realmente, el espectáculo era subyugante. Nebulosas de estructura espiral, brillantes y hermosas. Cúmulos globulares de estrellas azules, rojas y blancas. Nebulosas difusas integradas por astros gigantes perdidas en los ámbitos espaciales. Constelaciones estelares de dibujo desconocido, marcando puntos diamantinos sobre el celeste fondo azabache. Aquella región, ignorada por los astrofísicos terrestres, hubiese causado placer a cualquier astrónomo. Compensaba las fatigas del cautiverio. La variedad de cuerpos, concentraciones globulares y pequeñas galaxias hacía palidecer la ponderada grandiosidad de la Vía Láctea que los humanos estudiaron, recorrieron y colonizaron siglos antes.

El trineo aéreo empezaba a hacerse lento y pesado. Jass echó una ojeada a los indicadores y comprobó que la carga atómica estaba empezando a agotarse. Maniobrando diestramente buscó un lugar apropiado para aterrizar y establecer un campamento nocturno. Pasarían la noche allí y reanudarían la huida a pie cuando llegase el nuevo día. Tenían que fundar un hogar en la selvatiquez del Reino Verde, donde vivirían en condiciones parecidas a los prehistóricos

pobladores de la Tierra.

Los conocimientos morfológicos y fisiológicos que Jass había asimilado en la cerebroteca le habían preparado para enfrentarse con la desorbitada fauna de la zona tropical de Lódovex, donde existían animales en estado de desarrollo gigante. Los zoólogos terrestres jamás podrían sospechar que organismos microscópicos alcanzaban en Axon proporciones asombrosas. Pero no sólo los animales representaban un peligro; también las plantas, cuya clasificación abarcaba millones de especies, se opondrían a la intrusión de la pareja de evadidos. Y Jass sabía que abundaban las carnívoras, movibles, y otras cuyas condiciones de vida eran más propias de seres anímicos que exponentes vegetales.

El aterrizaje se produjo sin novedad, planeando sobre las copas arbóreas, hasta dejarse caer en descenso casi vertical en medio de un calvero que parecía formado por rocas de nacarada capa ósea. La carga atómica del trineo estaba extinguida, pero de los acumuladores escapaba un grato calorcillo que les reconfortó, en contraste con la fría atmósfera nocturna del Reino Verde. El cansancio, las emociones sufridas y la ansiedad mantenida durante todo el tiempo que duró la fuga les tenía físicamente agotados. Jass fabricó un ancho y mullido lecho de hojas gigantes, tendiéndose sobre él y no tardando en conciliar el sueño. Las manos de Grace buscaron las suyas y así, con ellas entrelazadas, acabaron por dormirse, mientras en el negro cielo brillaban las Constelaciones, integradas por cuerpos de velada magnitud e infinitas estrellas *alfa*, que sobresalían de sus hermanas por su gran intensidad lumínica.

Al día siguiente se despertaron casi al amanecer. Los rayos de Damy, dueña absoluta de la exuberante zona y el trino de multicolores pájaros exóticos les impidieron permanecer más tiempo en la generosa yacija de hojarasca. Se lavaron en un charco cercano, cuyas aguas conservaban una extraña tibieza. El rocío, en grandes gotas, resbalaba por las superficies vegetales hasta humedecer el suelo, de una tierra granulosa y fosfatada.

Jass propuso seguir adentrándose en el Reino Verde para explorar su interior y tratar de localizar un terreno apto para la vida humana. Grace estuvo de acuerdo con él, ya que los axonianos podían conocer la noticia de su fuga y organizar lanzamientos de máquinas detectoras para descubrir su paradero.

—Nos hemos convertido en dos arcaicos Robinsones, Jass —comentó Grace alegremente—. Pero mientras no encontremos un refugio seguro esos hombrecillos nos hostilizarán sin reposo, privándonos de vivir en paz.

—Saldremos hacia el interior nada más comamos algo. Confieso que estoy hambriento.

—También yo. Pero… ¿qué podemos comer? No veo junto a nosotros otra cosa que árboles y plantas.

—Algunas son comestibles y sus frutos nos servirán de alimento a falta de algo mejor. Es lo mismo que pasa en la Tierra con el llamado «árbol del pan».

—¿Crees que podrás separar la verdadera de entre esa maraña vegetal?

—Lo intentaré. No te muevas de aquí. Iré otro lado del charco.

Durante el breve espacio de tiempo que Jass se halló ausente, ella husmeó por las cercanías, sin alejarse demasiado del calvero, sobrándole motivos para sentir los primeros síntomas descorazonadores. Los árboles, todos ellos altísimos —tanto que las milenarias secuoyas californianas eran a su lado poco más que pinillos enanos— tenían troncos revestidos de una corteza dura como el acero. Abundaban las trepadoras y hiedras, mostrando una espléndida y virgen floración. Tal vez lo que más poderosamente la impresionó fueron los insectos.

Las hormigas, cigarras y langostas eran de un tamaño inconcebible, casi tan grandes como liebres comunes, y estaban dotadas de patas en forma de sierra capaces de cortar tallos con igual facilidad que una guadaña de segador. Vio algunas mariposas y abejas libando de hermosas flores amarillas y tembló ante los largos aguijones. ¿Cómo serían los mosquitos tifoideos en Axon? Y le dominó tal pavor ante su propia pregunta que regresó corriendo al calvero.

Jass volvió poco después llevando en la mano dos grandes pepinos morados, que aseguró eran dulces frutos. Los comieron con apetito y fruición. Sabían bien, quizá algo empalagosos, y se sintieron ahítos antes de terminar con las violadas semillas. Luego llegó el momento de partir. Cubrieron el trineo aéreo con tierra y rocas —misteriosamente livianas—, emprendiendo el camino hacia el interior. El avance se hacía penoso a causa de la espesa cortina vegetal y a menudo tuvieron que trepar por los arbustos para adelantar un simple metro de terreno.

A mediodía hicieron un alto junto a las márgenes de un río de aguas tan transparentes que era posible ver el lecho arenoso y la profusión de cangrejos y lampreas —con notocorda y espinazo articulado considerablemente desarrollados— posados en el fondo. Jass seleccionó una variedad de algas, que expuso a los ardores del sol, hasta dorarlas. Aquella fue su comida. Un poco correosa, pero indudablemente alimenticia.

El paso del río era un notable obstáculo y Jass se propuso franquearlo a toda costa. Dada la anchura del mismo no cabía pensar que fuese posible hacerlo a nado. Buscó la solución con los medios que tenía a su alcance. Cerca de allí, abriendo sus hojas de tres metros de

largo por casi dos de ancho, mostraba la erguida talla un árbol.

—Es un Pomydas —explicó a Grace—. Hace milenios que se extinguió en la Tierra y creo que los neandertales y cromañones de nuestra Edad de Piedra no llegaron siquiera a conocerlos. Formaba parte de la primaria vegetación prehistórica, cuando todavía el hombre no empleaba para su defensa las piedras paleolíticas dándoles forma de hachas, mazas o punzones. Observa sus hojas. Son tan grandes que podrían cubrirnos a los dos perfectamente. Hemos tenido suerte.

—¿Por qué lo dices, Jass?

—Porque esas hojas serán nuestra salvación.

—¡Ah, no! Adivino lo que te propones hacer. Si es necesario darse un chapuzón, lo acepto. Pero no me digas que podemos utilizar esas hojas como botes.

—Exactamente como botes, no; pero sí como improvisada balsa. Voy a cortar una de ellas.

—¿No se hundirá bajo nuestro peso?

—Descuida. ¿Has visto alguna vez flotando en el agua una cáscara de cacahuete?

—Sí.

—¿Crees que se hundiría si depositásemos una mosca en ella?

—Claro que no, pero...

—Nosotros somos poco más que moscas en este increíble Reino Verde. Las hojas del Pomydas flotarán en el río... ¡llevándonos encima! Busca algunos brotes de ramas para servirnos de ellas como remos, Grace. Mientras tanto, yo cortaré la... la embarcación —terminó humorísticamente.

Ningún mortal pasó jamás por tan excitante experiencia. ¡Navegar en una hoja! ¿Fantástico? Sí, eso parecía a simple vista. Mas la realidad demostró con creces la teoría de Jass. Valiéndose de la pistola protónica desintegró el tallo y la pulida plancha verde cayó a sus pies. No fue difícil arrastrarla hasta la orilla y saltar a ella. Efectivamente... ¡se mantenía a flote, con leves vaivenes, lo mismo que un plano bote neumático!

Jass se sentó a popa, acomodándose entre los vasos ramificados. La formación de almidón, elaborado bajo la acción de la luz solar, satinaba la superficie vegetal convirtiendo en confortable el interior de la rústica nave. El joven hundió los remos en el agua y dio un leve impulso. La hoja, tiesa y algo elevada de proa, igual que una aplanada canoa automóvil de las que sus bisabuelos empleaban para competiciones náuticas, se deslizó suavemente, sin cortar el líquido ni dejar estela a su paso, en medio de un silencio mágico.

Grace estaba maravillada. Tenía razones para ello, no sólo por el medio empleado para navegar por el río, sino por cuanto denotaba

vida en torno a los intrépidos fugitivos. Dándose cuenta de su estado, Jass creyó oportuno explicarle algo de lo que veía para disipar sus dudas. Lo hizo sin dejar de bogar rítmicamente.

—¿Ves esa flora que tapiza las riberas? —sonrió—. Está dotada de vida y puede trasladarse sin impedimento. Es un raro misterio de la Naturaleza que ha intrigado a los sabios en todos los mundos habitados del Universo. Los biólogos de la Tierra también conocen esta experiencia e incluyen ciertas especies entre las plantas, a pesar de que sus funciones son más propias de animales acuáticos.

—¿No te estás bureando de mí, Jass?

—Nada más cierto, cariño. Aquí, en Axon, todo es de tamaño mayor que en nuestro infortunado planeta; aunque en esencia no deja de ser constitucionalmente igual. La flora y fauna es casi idéntica. Pero Axon es un mundo joven, vitalizado, que no ha sufrido el desgaste de la Tierra. Razas agotadas allí viven todavía en Lódovex. Seguramente veremos murciélagos del tamaño de edificios, estegosaurios, diplodocos y mamuts.. Fíjate en esa planta —señaló—. Y recuerda que he dicho planta. ¿La conoces?

—No.

—Es una *Chlamydomonas*, que nada libremente en aguas dulces. No se trata de especie desconocida para los terrestres. Salvo que aquí es visible a simple vista… y en la Tierra ha pasado a convertirse en organismo microscópico a fuerza de metamorfosis milenarias, ¿comprendes?

—Un poco.

—Cuanto nos rodea es distinto, pese a tener gran homogeneidad con todo lo terrestre. Toma por caso las grietas de mis labios. Ya has visto que las tengo cicatrizadas desde anoche. En la Tierra aún estarían abiertas las heridas. ¿Por qué? Es otro misterio… aunque no dudo que tan rápidas cauterizaciones eran frecuentes en las edades prehistóricas. Nuestro planeta, con la evolución de los siglos, perdió muchas de sus propiedades. Volviendo a las plantas —insistió—, ¿ves aquel descolorido ramillete que brota ahí enfrente?

—Sí.

—Es una *Euglena*, otro microorganismo en nuestro mundo. La *Euglena* es una especie mixtificada de planta y animal.

—¿Cómo puede ser eso, Jass?

—Muy sencillo. Vive como planta cuando elabora proteínas extrayéndolas de las substancias que absorbe del agua. Y vive como un animal cuando absorbe aminoácidos.

—¡Extraordinario!

—Vaya que sí. Aquí a la derecha tenemos dos ejemplares más. Se trata de las llamadas *Volvex* y *Pundovina*. No; no creas que estoy inventando nombres. Cuanto te diga es rigurosamente cierto. Ambas

son colonias de células vivas, congregadas dentro de una cubierta común para la colectividad. Cada célula está provista de un par de flagelos cuyos movimientos ondulantes impulsan a la colonia y facilitan su traslado. Posa la vista de nuevo en la orilla —aconsejó—. He ahí una verdadera legión de caníbales vegetales. *Droseras* y *Pinguículas* enormes, dispuestas a capturar a los animales que cometan la imprudencia de acercarse a ellas y a devorarlos. Muchas de estas plantas carnívoras que flotan en las aguas poseen falsos miembros o seudópodos, extensibles a voluntad, y que cumplen a maravilla la función de brazos y piernas. La *Amiba*, que tú conoces aunque sólo sea de referencias, puede servir de muestra. Infinidad de organismos vivos, sólo visibles con la ayuda del microscopio, se mueven constantemente junto a nosotros. Los hay clépticos, amorfos, esféricos, alargados, con rígidas varillas de protoplasma que buscan las presas y las retienen hasta que el núcleo decide empezar a devorarlas. En algunos casos, estos organismos poseen dos núcleos, uno para las funciones vegetativas y otro para las meramente reproductoras. Con sus pestañas o cilios nadan de un lugar a otro, provocan remolinos y apresan las partículas alimenticias vitales para su existencia.

—¡Caramba, Jass! ¡Me dejas boquiabierta! —rió Grace—. Creí que eras técnico electrónico... pero no podía suponer que tenías madera de sabio biólogo.

—Algunas cosas las conocía; otras las aprendí en la cerebroteca. Desde luego, el cautiverio ha servido para ensanchar mi cultura y creo que causaría sensación entre mis amigos... si fuese posible encontrarme alguna vez con ellos.

Grace entristeció la mirada.

—Por desgracia, jamás regresaremos a la Tierra —musitó.

—Trataremos de crearnos un mundo grato en esta jungla alucinante. No te entristezcas. Trabajaré con ahínco para que nada te falte, Grace.

—Lo sé —dijo ella apoyando su cabecita en su fuerte hombro—. Dios ha sido muy bondadoso deparándome un hombre como tú.

—Te quiero. Eso es todo. Y no desfalleceré por muchas que sean las adversidades.

Siguieron navegando río abajo en la brillante hoja de *Pomydas*, siempre descubriendo fantásticos exponentes de plantas acuáticas. En cierto momento, cruzaron por en medio de un banco flotante de heliozoos, integrado por miles de millones de ellos. Abundaban también las medusas, algas de colores deslumbrantes y los mixomicetos o micetozoos, agrupados en vastas colonias fluviales. Vieron corretear por las márgenes multitud de animales exoesqueléticos, es decir, con esqueleto exterior en forma de conchas, caparazones y cortezas. Manantiales de naturaleza sulfúrica. Anfibios,

tumbados perezosamente al sol después del período larvario que les obligaba a vivir en el agua. Lagartos grandísimos, saurios dorados, reptiles protegidos por placas óseas, tortugas, salamandras de redondos ojos… En suma, una magnífica exposición del reino animal y vegetal en todas y cada una de sus manifestaciones.

Casi una hora más tarde, apreciando que el río se ensanchaba visiblemente y la corriente se iba haciendo tan rápida que navegaban sin necesidad de impulso, Jass maniobró con los imperfectos remos y fue aproximando la hoja gigantesca a la orilla, hasta encallar sobre unos zarzales rojizos. Desembarcaron. Un leve toque bastó para que la providencial nave volviese a ser llevada en aras de la corriente, siguiendo la silenciosa travesía. La selva adquiría allí tonos brillantes y tupida vegetación. Se internaron audazmente por la apretada maraña de troncos y siguieron caminando, luchando contra las trepadoras y lianas fortísimas que les cerraban una y otra vez el paso, hasta que el cansancio los rindió.

Atardecía. El lugar en cuestión no era malo para acampar y Jass organizó el alto en la etapa, escogiendo un refugio abrigado, tapizado por blanco césped y resguardado por las enredadas capas arbóreas. Con ayuda de la pistola derribó varios de los altos frutos de una fenomenal higuera, cada uno de los cuales pesaba más de medio kilogramo. Los comieron con buen apetito y bebieron de un coco casi tan grande como un huevo de avestruz. Jass tenía cinco o seis fósforos en su cajetilla —postrer recuerdo de la Tierra—, pero no se decidió a gastarlos tratando de encender fuego, porque pensó que podía necesitarlos en un futuro y más apremiante caso.

Al caer la noche con su clásica frialdad, el sueño reparador y profundo les llegó bien pronto. Estrechados entre sí para comunicarse mutuo calor, se tendieron al amor de un grueso tronco. Las cercanas estrellas contemplaron desde su sitial en el negro cielo el natural descanso de los terráqueos. Ellas tal vez sabían lo que iba a ocurrirles, pero con sus bellos parpadeos no podían explicar a los extranjeros que se hallaban durmiendo encima de un colosal nido de peligros.

CAPÍTULO VII

VEGETALES VIVOS

Un grito electrizante entró en los oídos de Jass y se clavó en su cerebro, estallando en él de forma estrepitosa. Rápidamente, respondiendo al reflejo muscular que dirigió la sobresaltada mente, saltó hacia arriba. ¡Grace había gritado! ¡Algo terrible ocurría! La noche estaba muy avanzada, pero las tinieblas no eran lo bastante impenetrables como para crear la oscuridad total. Trató de levantarse... pero no pudo. ¡No pudo! A la luz estelar descubrió enseguida la verdad. El césped, sobre el cual habían estado durmiendo... ¡se enroscaba sólidamente en torno a sus brazos y piernas!

Ella volvió a gritar, despavorida. Jass ladeó la cabeza y la vio tendida en el suelo, debatiéndose, con los bellos ojos desorbitados por la angustia y el terror. La visión fue para él como un espolonazo sobrehumano. Abombó el pecho, aspiró hondo y tiró con todas las fuerzas del brazo derecho. El césped crujió y saltó en fragmentos.

—¡Jass! —chilló Grace—. ¡Estoy sujeta por estas hierbas! ¡No puedo moverme apenas! ¡Quieren devorarme igual que una legión de sanguijuelas vegetales!

—¡Voy a salvarte! —respondió él dando tirones a los hierbajos que ceñían el brazo izquierdo—. ¡No dejes de moverte!

—¡No puedo, Jass!

—¡Inténtalo!

Él consiguió al fin librarse y procedió a soltar las verdes ligaduras que aprisionaban sus piernas. Fue una suerte que Grace tuviese el sueño más ligero, puesto que de no haber despertado a tiempo las hierbas les habrían dominado irremisiblemente en pocos minutos. Por último consiguió ponerse en pie pisoteando los inquietos tentáculos que pugnaban por mantenerle amarrado a tierra. Corrió hacia la muchacha, casi cubierta por el agitado manto verde. Un movimiento ondulante, como de campo de trigo mecido por el viento, impulsaba al terreno herboso y cientos de tallos finísimos se alargaban a su paso, ejecutando una danza infernal, tratando de asirle.

—¡Jass! —jadeó Grace—. No puedo... ¡no puedo moverme!

—Ya estoy a tu lado. Conserva la serenidad. Enseguida te encontrarás libre.

Clavó con furia los dedos en los haces que atenazaban los miembros de Grace y tiró con toda su alma. Las verdes culebras se mantuvieron unidas durante excitantes segundos. Luego, bajo los

poderosos tirones del hombre se quebraron con violencia, lo mismo que si hubiese partido un manojo de alfalfa. La muchacha pudo moverse y ayudarle en la labor de liberación. Hierbecillas tenaces se enroscaban en los tobillos de Jass que continuamente tenía que estar sacudiendo puntapiés a diestro y siniestro. Grace se incorporó a medias y ayudó con sus propias manos hasta que las blancas pantorrillas, en las que quedaron profundas rojeces, se hallaron en libertad.

—¡Pronto! —ordenó Jass al concluir la sorda lucha—. ¡Salgamos del campo de césped! ¡Nos subiremos a aquellas rocas plateadas!

El tranquilo cielo, espolvoreado de estrellas y planetoides del cinturón deshabitado de Axon, fue el mudo testigo de su penoso avance a través del terreno movedizo. Estando de pie su potencia física era superior al poder prensil de las hierbas, aunque éstas no cesaban de agredirles, y cuando alcanzaron las rocas se encontraban rendidos por el cansancio. Jass ayudó a la muchacha a escalar la más elevada. En torno a ellos, igual que bultos fantasmagóricos en la penumbra nocturna, destacaban los gigantescos árboles, cuyas ramas parecían recorridas por un extraño temblor febril.

—¡Salvados! —exclamó ella—. ¡Cuántos horrores encierra este Reino Verde!

—Podremos eludirlos sin duda cuando estemos familiarizados con el terreno —tranquilizó Jass—. Ésta debe ser la hora *moviens*. Asimilé algo en la espacionave, pero lo tenía casi olvidado. Es la hora nocturna en la que los vegetales del interior de la zona tropical axoniana aparecen dotados de vida. Anoche dormimos a muchos kilómetros del interior, lo cual explica que ninguna planta nos atacase. Pero ahora es diferente, porque nos hallamos metidos en el corazón del Reino Verde. Su duración viene a ser de unos veinte minutos, calculados en relación con nuestra medida de tiempo. Es preciso permanecer sobre estas rocas hasta que transcurran. Luego podremos descender al césped sin peligro.

—Creí morir de miedo cuando me desperté. ¡Me sentía igual que atada por docenas de finas cuerdecillas! Fue tan grande la impresión que empecé a gritar de modo instintivo...

—Gracias a tus gritos podemos contarlo. Si tardamos un poco más, las plantas nos habrían aprisionado por el cuello, estrangulándonos.

Ella hizo una mueca aprensiva.

—¿Son carnívoras?

—Temo que sí. A lo largo de cada tallo debe existir infinidad de pequeñísimas ventosas, por eso se adhieren con tanta fuerza. Nos habrían triturado poco a poco, machacando nuestro esqueleto, hasta dejarnos convertidos en blanda papilla y...

¡Zass! Algo le asió secamente por un hombro. Parecía una mano formada sólo por huesos. Jass dejó de hablar y sacudió todo el cuerpo, violentamente. La *mano* se desprendió y quedó oscilando en el aire.

—¡Una rama! —gruñó el terrestre—. ¡Los árboles también pretenden atraparnos!

Miró como fascinado el descarnado brazo resinoso, cuyas nudosidades habían adquirido el tamaño y la forma de rugosos dedos. Todas las ramificaciones que brotaban del tronco avanzaban hacia ellos, lenta pero constantemente. ¡Árboles animados! Aquello duraría en la zona del interior mientras la influencia astral que producía la hora *moviens* hiciese sentir su brujo poder. Veinte minutos de constante batalla por lo menos… ¡porque se hallaban rodeados de plantas trepadoras, árboles, arbustos, matojos, zarzales…!

—¡Jass! ¡Se me llevan! ¡Alguien tira de mí hacia arriba! ¡Socorro, Jass, me están levantando de encima de la roca!

—¡Grace, vida mía! ¡Mantente serena que voy a destrozar esa rama a tiros!

Cerró los dedos en la culata y tiró de la pistola protónica. Grace había perdido ya el contacto con la roca y era izada con perezosa majestuosidad hacia lo alto, cada vez más asida por ramajes dotados de movimiento, camino de la alta copa. Un brazo sarmentoso le azotó el pecho y Jass se tambaleó. Otro le rodeó el tobillo, igual que un grillete pegajoso. Con la culata, el joven le propinó un golpe bestial, que astilló la madera e hizo brotar un chorro de fluida savia.

Quedó libre con el tiempo justo para esquivar otra rama, en cuyo extremo florecían blancos capullos rodeados de frutos capsulares, semejantes a una planta saxífraga. Entonces, cuerpo a tierra, apuntó a la rama aprehensora que robaba a Grace y disparó un chorro de rayos destructores gliceroprotónicos.

El deslumbrante chispazo carbonizó la parte superior del tronco y convirtió en cenizas los entrecruzamientos fibrosos. Grace, falta del soporte que la mantenía en el aire, se desplomó a tierra cayendo sobre el césped… ¡que prontamente comenzó a agitarse junto a ella!

—¡Jass! ¡Me han atrapado otra vez las hierbas!

—¡Maldita sea! —vociferó el joven perdiendo el dominio de los nervios—. ¡Allá voy!

Saltó limpiamente de la roca al campo y corrió al lado de Grace. Con furia salvaje disparó en círculo, marchitando una extensión de varios metros cuadrados. Atravesando por entre el humo y las culebrinas de fuego que consumían las hierbas, tendió la mano a la muchacha y le ayudó a incorporarse.

—¡Señor, ten piedad de nosotros! —rogó ella abrazándose al atlético torso de Jase.

¡Ssss…! Algo silbó sobre sus cabezas. Antes de que pudiesen

agacharse una liana correosa les flageló secamente y empezó a dar vueltas en torno a sus cuerpos. La veloz serpiente vegetal les hubiese cortado en dos a no ser por la certera intervención de los rayos protónicos, que calcinaron la mata de donde procedía al primer fogonazo.

—¡Vámonos, vámonos, Jass! —gritó Grace enloquecida.

—¿Adónde?

—¡A cualquier parte! ¡Lejos de este infierno...!

—¡Quieta! ¡No podemos salir de aquí! Hay que mantenerse dentro del pedazo limpio de césped. Es el único trozo donde...

—¡Ay! ¡Me agarran por la cintura! ¡Otra vez los árboles!

El hombre empezó a maldecir, colérico. Era imposible ponerse fuera de su alcance porque dada la gran elevación de los mismos sus ramas cubrían sobradamente el pequeño prado. Jass fue a disparar y un violento empujón le derribó en el suelo. Apretó con fuerza la pistola para que no escapase de sus dedos, mientras todo su cuerpo se estremecía ante los gritos desgarrados de Grace. Rodó por la tierra, escabullándose de los garfios resinosos. Pero una garra áspera le presionó el muslo, tirando de él hacia arriba. ¡Cogido!

Como enganchado en una pasmosa grúa natural se sintió subir, cabeza abajo, viendo cómo el coleante mar de césped se alejaba de él. Nuevas ramas rodearon su cuerpo, atrayéndole a la negra exuberancia de la copa. Grace lloraba y gemía. Locamente empezó a apretar el gatillo, deseoso de exterminar cuanto se veía a su alrededor y dar fin a la dantesca pesadilla vegetal.

Un tronco recibió el impacto ígneo y fue atravesado, desplomándose todo el árbol pesadamente, como un rascacielos abatido, haciendo retemblar la tierra y quedando con las largas raíces al descubierto. Otra rama le prendió del brazo deteniendo su ascenso. ¡Los árboles próximos se disputaban la presa entre sí! En aquella posición, víctima de dos fuerzas que tiraban de él en sentido contrario, corriendo el riesgo de quedar despedazado, dirigió la pistola y carbonizó la que tenía más próxima. Vio a Grace perderse en lo alto, envuelta en un revoltijo de flores y hojas. Volvió a disparar, quedando libre, suelto... ¡pero descendiendo vertiginosamente hacia tierra!

No pudo atenuar el choque, a pesar de que contorsionó el cuerpo para tratar de caer de pie. Su nuca golpeó contra el suelo, rebotando la cabeza y encendiéndose ante sus ojos millones de lucecitas coloradas. Lo último que experimentó con precisión fue el intenso dolor producido por el impacto, los gritos de Grace y el mareante culebrear del césped, que se engarfó instantáneamente a sus desmadejados miembros. Luego, nada. Oscuridad total. Perdió el sentido.

CAPÍTULO VIII

ZPACK, DESCENDIENTE DE SELENITAS

Su cabeza vibraba sordamente, repitiendo el latir del corazón igual que un parche de tambor batido a lentos palmetazos. Le escocía terriblemente el corte de la nuca. Sentía gusto a sangre en la boca y dolor en las costillas, la espalda y el tronco. Pero estaba vivo. ¡Vivo! Sólo existía una explicación plausible. Había caído en poder de los axonianos y éstos volvieron a someterle al proceso electrocalorífico magnetizante. ¡Prisionero otra vez!

Un brazo cariñoso le levantó con sumo cuidado y algo tibio fue apoyado en sus labios. Le alimentaban para que no muriese, seguro, palpó con las manos. El tacto no descubrió la clásica mesilla instalada debajo del *viviens* resucitador. ¡Estaba tendido sobre el puro suelo de roca! Sólo entonces, esperanzado, se decidió a abrir los ojos.

—¡Grace! —masculló roncamente.

—Sí, querido. Tenemos siete vidas, por lo visto. ¿Duele la herida? Debió ser un golpe fortísimo.

—Pe... pero... ¿dónde diablos estam...?

—Sosiégate, Jass. Anda, bebe esto. Zpack dice que es tonificante.

—¿Zpack? Escucha, nena, yo quiero saber...

—Te lo explicaré todo enseguida. Bebe. Así, a lentos sorbos. ¡Zpack! —llamó—. Puedes venir. Ha recobrado el conocimiento.

El cuenco que le arrimaban a la boca contenía un líquido agridulce, fuerte, que disipó el embotamiento de su cabeza. Con toda lucidez empezó a hacer descubrimientos. Se hallaba en una cueva pétrea, sin vestigios de plantas. Abundaba la luz. Damy brillaba en el cielo. Así, pues, era de día. Alguien se acercaba arrastrando los pies. Grace le sonrió.

—Gggg... —gruñó impaciente.

—Termínalo todo —ordenó ella—. Buen chico —agradeció cuando hubo apurado hasta la última gota—. Ahora tengo el inmenso placer de presentarte a Zpack, nuestro generoso salvador. Zpack, éste es Jass, mi... mi esposo.

—Celebro conocerte, padre terrestre —dijo una profunda voz de bajo en gercósmico—. Soy tu más humilde esclavo.

¡Era para volverse loco! ¿Padre terrestre? ¿Humilde esclavo? ¡Al cuerno las preguntas! Necesitaba ver al llamado Zpack con sus propios ojos. Reprimiendo los quejidos de dolor a fuerza de muecas, se incorporó, quedando con la espalda apoyada en la pared de roca. Sí. Allí estaba Zpack. Una cabeza, dos brazos y dos piernas. Pero esto era

cuanto de común poseía en relación a los seres humanos.

Lo examinó con detenimiento. Su cabeza era de tamaño reducido, como un limón grande aproximadamente. Las orejas parecían mustios colgajos. La nariz chata, respingada, semiporcina.

Y los ojos saltones, redondos, agresivos, idénticos a los de un batracio común. Todo su vestido lo constituía un taparrabos deshilachado, por eso podía verse a la perfección el grisáceo color de su piel escamosa, sin un pelo, acartonada y tal vez tan resistente como las costras de los animales. En cada mano resaltaban dos dedos uniformes y los pies, anchos, mostraban las membranas de los palmípedos.

—¿Cómo sabes hablar el idioma de los espacios interestelares? —fue la primera pregunta de Jass.

—Mi padre me lo enseñó. A él se lo enseñó mi abuelo. Y a su abuelo, mi bisabuelo. El gercósmico formaba parte de la tradición hereditaria. Y yo debo enseñarlo a mis hijos, para que éstos...

—Sí, ya lo supongo. Una cadena interminable. Pero tú... —Jass miró a Grace—. ¿Es híbrido? —sugirió en inglés.

—No. Zpack es humano, en grado distinto al nuestro. Nosotros le llamaríamos semihumano. No es terrestre, Jass; pero sus antepasados nacieron estrechamente relacionados con la Tierra. Zpack desciende de selenitas. Me ha dicho que él y su esposa son los únicos ejemplares que existen en el Universo...

—¡Se... selenita!

—Sí. O si lo prefieres, habitante de la Luna.

—¡La Luna estaba deshabitada y muerta cuando llegó la primera expedición, hace cientos de años!

—Lo sé. Sus pobladores murieron cuando el enfriamiento progresivo anuló todo vestigio de vida, convirtiéndola en el muerto satélite de la madre Tierra. Por eso te llama padre terrestre. Dos muestras selenitas fueron traídas a Axon hace miles de años. Macho y hembra. Zpack desciende de ellos en línea directa. Creo que ya supones lo ocurrido. Él y su esposa lograron escapar del DILIUM RESTATORUM y se internaron en el Reino Verde... igual que nosotros. Pero ellos han conseguido algo más. Pregúntale. Me parece bastante ansioso por ganarse tu aprecio a cambio de sus revelaciones.

Ante las prometedoras palabras de la joven todos los dolores y molestias desaparecieron radicalmente de Jass. ¡Un selenita! ¡Menudo hallazgo! Esto hizo que le contemplara con más agrado y menor curiosidad, lo que Zpack aprobó con un lento movimiento de su alimonada cabeza.

—Es cierto cuanto ha dicho tu esposa —admitió—. Gola y yo somos los únicos descendientes raciales del satélite Luna, miles de años ha un planetoide tan lleno de vida como antaño lo fuera la

Tierra. Acaso sepas el origen de los asteroides próximos a la Galaxia Solar.

—Sí —afirmó Jass—. La Ciencia afirma que son restos de un antiquísimo planeta que giraba entre Marte y Júpiter, destrozado al aproximarse excesivamente a la órbita de Júpiter, cuyos pedazos quedaron vagando en el espacio a causa de la atracción de los astros vecinos.

—Exacto. La creencia general atribuía a la Luna origen de asteroide, mientras sabios astrónomos decían que sólo era un gran trozo desprendido de la Tierra cuando ésta aún se hallaba en su período formativo. Esta segunda hipótesis es la verdadera. Si el desprendimiento no hubiese ocurrido, los selenitas y los terráqueos seríamos hermanos de raza. De todas formas, aunque las diferencias de clima, forma de vivir y atmósfera originaron un tipo de hombre físicamente distinto al humano, nuestra vecindad siempre nos vinculará racialmente. La Tierra es nuestra madre y aunque la muerte prematura de la Luna impidió estrechar las relaciones, la tradición secular siempre presentó a los terráqueos como nuestros directos padres espaciales.

—Háblame de vuestra vida en Axon —pidió Jass.

—Lo mismo que han hecho con vosotros hicieron con los selenitas. Se trajeron a la nebulosa extragaláctica dos ejemplares vivos y los destinaron al DILIUM RESTATORUM. Estos ejemplares se reprodujeron limitadamente. Has de saber que las hembras selenitas sólo pueden dar a luz tres hijos como máximo… y no todas. De haber poseído las características reproductivas de las mujeres terrestres, ahora seríamos cientos los selenitas prisioneros en Axon. Gola y yo somos los únicos que quedábamos vivos en la cámara lunar del DILIUM. Tuvimos un primer hijo, pero murió. Gola se resintió mucho en el parto. Los axonianos me ordenaron prolongar mi especie antes de que se extinguiese para siempre de su zoológico. También nuestro segundo hijo nació muerto. Sólo quedaba una posibilidad de salvar nuestra vida. Hacer que mi esposa concibiese por tercera vez… pero esto sería la causa de su muerte. ¿Comprendes mi angustia, padre terrestre?

—Sí, Zpack. La comprendo y me indigna la crueldad de los cabezudos axonianos.

—Proyectamos un plan de evasión y tuvimos la astucia suficiente para escapar del DILUM RESTATORUM. Por primera vez en la Historia de Axon se daba un caso semejante. Hace ochenta y seis *dobes* que los Imperiales Defensores del espacio nos buscan sin descanso por las zonas extremas del Reino Verde, esperando que las condiciones de vida imperantes aquí nos obliguen a salir del interior. Pero Gola y yo no saldremos jamás, porque preferimos morir en este infierno vegetal

a vivir encerrados en el DILIUM. Si nada hay capaz de impedir que el fin de la raza selenita llegue, soportaremos con paciencia los divinos designios, mas no volveremos a Lódovex para entregarnos.

—Creo que tú y yo pensamos igual, Zpack. Aunaremos nuestras fuerzas para sobrevivir en el Reino Verde. Haremos de esta caverna nuestro hogar y aquí seremos enterrados cuando nos llegue hora de rendir cuenta al Sumo Hacedor. Es triste, pero estamos condenados a no poder salir jamás de Axon.

—En eso te equivocas, padre terrestre —repuso Zpack—. Te reservo una sorpresa.

—¿Qué quieres decir?

Zpack miró con sus saltones ojos de rana a Grace y ésta movió afirmativamente la cabeza.

—Háblale de la astronave, Zpack —indicó—. Jass es técnico electrónico y quizá le sea posible reparar las averías.

—¿Una astronave? —repitió vehemente Jass, haciendo caso omiso de las punzadas que atravesaban su espalda—. ¡Por Dios bendito, di pronto lo que sea, amigo!

—Ya he puesto en tu conocimiento que los aeronavegantes axonianos iniciaron nuestra búsqueda a raíz de la fuga del DILIUM…

—Sí, sí… ¡Eso lo dijiste! —interrumpió el terrestre.

—Pues bien —siguió Zpack rebosando satisfacción—. La zona interior del Reino Verde es inaccesible para sus patrullas de infantería. Aquí nos hallamos a salvo. Las flotillas imperiales surcaban el cielo periódicamente tratando de averiguar nuestro paradero exacto para atraparnos con sus ondas de teleportación. Desde esta misma cueva les vimos volar y hasta detenerse muchas veces a pocos metros de elevación…

—¡Por favor, Zpack! ¡Suprime todo eso!

—Tú me mandas, padre terrestre. Lo cierto es que una de sus astronaves militares sufrió averías en los reactores y se vio obligada a tomar tierra… en plena noche. Sus ocupantes eran dos axonianos y un robot. Nada hubiese podido contra ellos, a no ser por la hora *moviens*. Los hombrecillos sucumbieron con facilidad porque sus torpes piernas no les permitieron huir de las trepadoras y matas carnívoras. El robot escapó indemne, pero huyó hacia la zona de los marjales. Al día siguiente pude acercarme sin peligro alguno a la astronave. Tenía desperfectos en el sistema propulsor; lo demás creo que debe funcionar a maravilla. De ella saqué algunas armas que más tarde me han servido para defenderme de los animales de la selva. Si entre los dos pudiésemos arreglar los reactores… nos marcharíamos lejos… muy lejos de Axon, a vivir en los lejanos mundos del norte de la galaxia. ¿Qué respondes?

—¿Necesitas mi respuesta, Zpack? Échame una mano y nos

pondremos en camino hacia esa astronave. Quiero echarle un vistazo y aunque presumo que el trabajo a realizar será más propio de un ingeniero atómico que mío... ¡te doy mi palabra de que no descansaré ni un segundo si descubro que existe la más ínfima posibilidad de reparación!

—¿No sería mejor que descansases? —aconsejó Grace.

—Con lo que ahora acabo de saber me es imposible hallar reposo, nena.

—Pero aún estás un poco débil...

—¿Débil? ¡Nunca estuve mejor!

—Ni siquiera le has preguntado a Zpack cómo nos salvó de los árboles vivientes.

—Tienes razón. Perdona, amigo. Estoy tan emocionado con la noticia que olvidé...

—No tiene importancia, padre terrestre —rechazó el selenita—. Comprendo y disculpo tu estado de ánimo. Vi los resplandores que producía tu pistola de rayos y me decidí a observar lo que pasaba, por si eran axonianos que venían en mi busca. Conozco el camino de los canales, el único seguro en la hora *moviens*. Así que tomé un proyector de chorros pulverizantes y llegué con el tiempo justo de verte caer desde el árbol. Entonces no tuve otra cosa que hacer más que disparar contra los árboles y traeros a mi casa cuando pasó la fatídica hora *moviens*.

—Gracias por todo. Quiero conocer a tu esposa, Zpack. Verdaderamente, te has portado como un noble hermano.

—Lo somos. Tierra y Luna eran como madre e hija. Nosotros no tenemos derecho a romper la tradición que fue escrita en el espacio hace millones de años.

Gola —la esposa de Zpack— era un producto muy semejante a él, con la natural diferencia de órganos femeninos adecuados para sus funciones maternas. Reía infantilmente por cualquier cosa y desde el primer momento nació en ella un ciego afecto hacia Grace Discano. Su adoración la impulsaba a colmarla continuamente de los más absurdos regalos. La convivencia entre selenitas y terrestres se hizo fraternal, imperando siempre la comprensión y el mutuo deseo de ayudarse en todo momento.

Jass y Zpack, por su parte, congeniaron con rapidez, sintiendo acrecentarse su recíproco agradecimiento. A no ser por los esporádicos vuelos de reconocimiento que efectuaban las espacionaves axonianas por aquel sector, la paz habría resultado idílica y allí mismo hubiesen instalado su colonia hogareña. Pero esto no pasaba de ser una utopía. Debían escapar cuanto antes. O les llevarían prisioneros a las cámaras subterráneas del DILIUM RESTATORUM, un lugar del que Gola hablaba con intenso dolor porque fue el causante de que su padre

enloqueciese.

Después del primer reconocimiento parcial de la astronave, Jass se halló dispuesto a admitir que la reparación parecía factible. Una alegría desbordante llenó el corazón de todos. ¡Representaba tanto para ellos la utilización del reluciente octaedro volante! Se aplicaron intensivamente al trabajo con denodado ahínco, improvisando herramientas de los precarios medios que tenían a su alcance. Los progresos eran lentos y costosos. Mas nunca desmayaban. Los dos amigos pasaban la mayor parte de su tiempo en la espacionave, de la que sólo se retiraban minutos antes de que la hora *moviens* comunicase vida al exhaustivo decorado vegetal.

—Lo conseguiremos... lo conseguiremos... —repetía una y mil veces Jass, metido en el interior de los inmensos tubos del aparato—. ¡Nos va en ello la vida!

—Tengo fe en tu sabiduría, padre terrestre —sonreía Zpack—. Nunca creí tan firmemente en nadie. Si tú lo dices... ¡lo conseguiremos!

Podían hacerlo. Esto era un hecho. En realidad sólo se trataba de reconstruir una porción fundida del reactor lateral. En el cuarto de máquinas existían repuestos. Pero el acoplamiento era la parte más espinosa del asunto. Lograron sujetar la pieza a los doce días de intensiva labor. Fue entonces, mientras Jass manejaba el soplete hidrogenoférrico con persistente tenacidad, cuando Zpack le hizo partícipe de la noticia captada por los tele-comunicadores que mantenían abiertos para escuchar las emisiones radiotelevisadas de Lódovex. La revelación le dejó momentáneamente paralizado.

—El robot que escapó aquella noche... ha llegado a una base militar de la Zona Media.

—Y ha comunicado la situación exacta de la caverna, ¿no?

—No pudo hacerlo. Por los telecontroles he sabido que tiene desquiciados los registros pensadores. Pero su aparición ha sido un óptimo e inesperado descubrimiento para los axonianos. Nunca se les ocurrió enviar a sus soldados mecánicos al Reino Verde, porque temían que también ellos fuesen devorados por las plantas. El terror que les causa esta zona es algo supersticioso para sus mentalidades. Experimentan horror ante los árboles. Ese robot les ha convencido de la verdad. ¡Y pronto tendremos junto a nosotros un invencible ejército de autómatas gobernados a distancia por ondas!

Jass quedó pensativo unos segundos. La ocasión era inmejorable para sus enemigos y no la desaprovecharían. ¡Saldrían en su busca!

—Es una mala noticia para nosotros —reconoció al fin—. Preferiría que no supiesen nada de esto las mujeres.

—Me callaré. No podremos ocultarlo por mucho tiempo. ¿Qué vamos a hacer? ¡Nos exterminarán!

—Tenemos armas y nos defenderemos.

—Eso no será suficiente... ¡Hay que hacer algo más!

El terrestre enarboló el soplete con infatigable ardor. Apretó el gatillo y siguió soldando los bordes de unión de la pieza.

—Esto —contestó hoscamente—. Trabajar. Debemos terminar la reparación antes de que lleguen los soldados mecánicos, Zpack. Tú y yo nos quedaremos a vivir en la astronave y dormiremos por turnos, comeremos por turnos y si es preciso respiraremos también por turnos. ¡Cada segundo tiene ahora un valor demasiado grande para desperdiciarlo!

—Tú mandas, padre terrestre —dijo el selenita.

Y luego, tomando el otro soplete hidrogenoférrico para reforzar a Jass, agregó:

—¡Tengo fe en tu sabiduría!

CAPÍTULO IX

HOMBRES CONTRA MÁQUINAS

Tres *dobes* más tarde el octaedro se hallaba equipado con el recambio oportuno y dispuesto para efectuar el primer vuelo de prueba. Zpack y Jass estaban demacrados, ojerosos y macilentos, mas su corazón latía gozosamente en el pecho y sentían la satisfacción inefable del triunfo ganado por méritos propios.

Durante aquel tiempo de casi ininterrumpido trabajo vivieron en la astronave sin salir de ella para nada, aferrados a las herramientas. Las mujeres habían permanecido en la caverna un tanto alarmadas por la actividad febril despertada en sus respectivos compañeros. Era obvio que sospechaban algo perjudicial para su seguridad, pero se abstuvieron de comentarlo ante ellos para no agravar aún más sus muchas preocupaciones.

La culminación del trabajo, dando cima a la intrincada operación, hizo que los hombres volviesen a pensar inmediatamente en ellas. Les darían la noticia cuanto antes. Por eso tras dedicar unos minutos de silenciosa contemplación a la obra finalizada, Zpack tendió su áspera mano al terrestre y manifestó con voz profunda:

—Sabía que podía confiar en ti. Ahora ya podemos comunicar a nuestras esposas que se acabaron las penalidades en el Reino Vegetal. Despegaremos de aquí enseguida.

—Antes es imprescindible efectuar una prueba para convencerse del buen funcionamiento de la nave, Zpack.

—Volará. Estoy seguro.

—Eso espero. Naturalmente, ellas pueden conocer ahora la verdad.

—¿Quieres que vayamos a decírselo? Estarán aguardándonos con impaciencia. Conozco a Gola y sé que no habrá dejado de preocuparse ni un instante.

—También Grace parecía llorosa cuando nos despedimos. Sí —añadió sonriente—. Vamos a la cueva. Tienen derecho a participar de nuestra felicidad.

Zpack asintió y arrimó de un manotazo la pirámide de herramientas diversas que sembraban la entrada del tubo.

—En marcha —dijo disponiéndose a saltar a tierra.

—Espera un momento.

—¿Por qué?

—Estoy pensando que no vendría mal... salir de aquí convenientemente armados. Desde que las teleemisoras de Lódovex

dieron la información del robot aparecido me encuentro sobre ascuas. Echemos un nuevo vistazo al arsenal. Tal vez guarden allí un arma más apropiada que los proyectores de chorros pulverizantes. Si hay pelea, debemos tener muy en cuenta que nuestros enemigos ya no son vegetales… sino metálicos.

—De acuerdo, padre terrestre. Vayamos al arsenal.

La cámara-arsenal era un recinto proverbialmente circular, amplio y bien surtido de armas y municiones. Abundaban los proyectores pulverizantes, las pistolas protónicas y los fusiles de balas atómicas. Estos últimos, especialmente, constituían un medio eficaz para destrozar a los soldados mecánicos, aunque Jass se resistía a emplearlos por una razón convincente.

—¿Cuál? —preguntó Zpack.

—La radioactividad —dijo el joven—. Los axonianos utilizan toda clase de armamentos atómicos salvaguardando sus cuerpos con trajes especiales. Por aquí no veo ninguno. Quizá los tengan en el almacén de ropas o en un vestuario acondicionado. Esta nave es demasiado grande y la búsqueda nos haría perder mucho tiempo.

—Entonces… Llevaremos pistolas de rayos, ¿no? —apuntó el selenita.

—Tampoco. Grace empleó una vez la mía contra un robot, cuando escapamos de los axonianos y volamos hasta aquí en el trineo aéreo. Admito que lo dejamos fuera de combate. El metal se fundía bajo los rayos, pero muy lentamente. Es de suponer que los autómatas que vengan a nuestro encuentro sean los más acorazados y resistentes de su ejército mecanizado. Creo que no podríamos detenerlos a todos y acabarían por arrollarnos. Este lanza-ácidos me parece mejor —señaló—. El depósito contiene material corrosivo de alta potencia. Fíjate en la inscripción que figura en la caja: «Indicado para perforar planchas de macalia».

—¡Macalia es el metal más duro que existe en Axon!

—Lo sé. Y apuesto doble contra sencillo a que los autómatas bélicos están fabricados de macalia. Esos cabezudos son listos. Saben que ya destruí uno de ellos y pensarán lógicamente que con la pistola protónica tendré suficiente para darles batalla. La experiencia me ha enseñado mucho, Zpack. Ven. Te ayudaré a colocarte el depósito del lanza-ácidos a la espalda.

—¡Seremos invencibles, padre terrestre!

—Ojalá no nos veamos obligados a usarlos, amigo. Ellos también dispondrán de armas ofensivas cuya naturaleza y poder desconocemos.

Fue providencial que a Jass se le ocurriese cargar con los lanza-ácidos. En realidad, y pese a saberse sentenciados desde que el telecontrol captó la emisión de Lódovex, nada hacía presumir que los

axonianos o sus máquinas de guerra pudiesen hallarse tan al interior del Reino Verde. Sin embargo, un sexto sentido, una corazonada o una inspiradora premonición le advirtió que adentrarse en la selva con las manos desnudas era tan insensato como temerario. Zpack, alma sin doblez, de espíritu cándido e infantil, prevenía con menor intuición los posibles desastres. Pero Jass, habitante de un mundo donde la falacia, la traición y las malas pasiones formaban parte de todos sus pobladores, pensó en lo peor, acertando instintivamente.

Gola y la encantadora Grace, magistralmente aclimatada al nuevo sistema de vida que rezumaba primitivismo, se ocupaban en cocer un fruto de fécula al amor del grupo de piedras que circundaban la caverna. El sonido de las pisadas interrumpió su animada charla e hizo que ambas levantasen sobresaltadas la cabeza. El temor de sus ojos desapareció nada más reconocer a los recién llegados.

—¡Jass! —exclamó Grace corriendo hacia él.

—¡Aquí estoy, cielo!

Un ávido y dulce abrazo fue la meta de aquella jubilosa carrera que cada uno emprendió en dirección al otro. Las efusivas muestras de cariño no cesaron hasta transcurridos los primeros segundos. Después, ya más calmados, Jass puso sus grandes manos en las suaves mejillas y alzándole el rostro la besó lentamente en los labios. Zpack y Gola, en silencio, permanecieron unidos, suspirando apenas, frotando sus frentes pausadamente, suprema caricia en el rito amoroso lunar.

—¡Cuánto te he echado de menos estos días, querido! —confesó Grace—. Si no hubiese sido por la compañía de Gola habría acabado por enfermar de pena.

—Yo también, nena. Esos engendros de Axon fueron buenos profetas al escogernos allá en la Tierra… y es de lo único que no tengo que censurarles. Supieron elegir mi ideal femenino. Ya terminó la separación. Nunca más volverás a estar sola.

—¿De veras, Jass?

Él la besó de nuevo.

—De veras —prometió.

En una atmósfera de profundo cariño las dos parejas anduvieron calmosamente hacia la cueva. Las mujeres no cesaban de hablar. Habían pasado mucho miedo por las noches y si la ausencia llega a durar otro día más, no habrían dudado en correr en su busca. Las vehementes explicaciones hacían reír felizmente a Zpack, que no se reprimía de proclamar a gritos el triunfo de la reparación.

—¡Volaremos! ¡La nave está como nueva! ¡Y nos marcharemos para siempre del Planeta Central! Encontramos cartas de navegación espacial en la cámara de mandos. Más allá de la galaxia existen pequeñas lunas habitables en donde nos estableceremos. ¿No es cierto, padre terrestre?

—Sí, Zpack. La paz nos espera al otro lado de la galaxia.

—¿Estás contenta, Gola?

Ella asintió con suaves cabezadas.

—Muy contenta. Al lado de nuestros hermanos terrestres tendremos cuanto se puede desear. Excepto… —se mordió los labios —. Seremos dichosos y libres —concluyó en un suspiro.

—No pienses en eso —rogó Zpack adivinando el origen de la breve pausa—. Sus hijos serán como nuestros. Y Grace te dejará cuidarlos, ¿verdad que lo harás, Grace?

La joven sonrió valientemente.

—Si tenemos una niña le pondré de nombre Gola —contestó.

El giro dado a la conversación les sumió en una nube de sentimentalismo, porque el callado sufrir de la selenita condenada a no poder perpetuar su especie era un patético cuadro para los terrestres que habían llegado a sentir por ella inmenso afecto. Dándose cuenta de que con sus palabras había empañado la alegre perspectiva del viaje interespacial, la propia Gola desvió el tópico.

—¿Habéis comido? Quizá tenéis hambre. Grace y yo hemos preparado un pequeño banquete. Lo serviremos ahora mismo para conmemorar tan gran acontecimiento.

—Bien dicho —aplaudió Zpack—. ¿Quieres ayudarme? —agregó dirigiéndose a Jass—. Este depósito pesa horriblemente.

—¿Qué es? —se interesó Grace mientras los hombres se aligeraban del lanza-ácidos.

—Una simple medida de precaución —sonrió Jass sin darle importancia—. No te inquietes. Anda, ve con Gola. ¡Tengo un apetito devorador y esos frutos huelen deliciosamente!

Comieron en familiar armonía, sentados en torno a una piedra plana, sin dejar de hacer proyectos para el próximo futuro abierto ante sus ojos prometedoramente. ¡Libres! La idea les entusiasmaba y daba alas a su fantasía colonizadora. Después de la sabrosa comida, Jass y Zpack se tumbaron en los lechos de esponjosa tierra y siguieron redondeando su plan de acción, mientras las mujeres, cargadas con las conchas y cuencos de barro que les servían de utensilios domésticos, descendían hacia el manso arroyo para fregarlos, igual que debieron hacer los prehistóricos pobladores de mundos en ciernes.

Lo que ocurrió a continuación fue tan brusco, tan inesperado y sobrecogedor, que resultó un potente impacto destructor en sus ilusionados propósitos.

De súbito, brutalmente, un grito desgarrado llegó del arroyo. Jass se puso en pie de un salto, tenso y presto para la defensa. Zpack, sin dar crédito a sus oídos, le imitó.

—¡Es Gola! —exclamó—. ¡Y ha gritado!

—¡Están en peligro! —aclaró Jass—. ¡Pronto! ¡Los lanza-ácidos!

—Tal vez las ha atacado algún bicho carnívoro.

—Tal vez —concedió el terrestre ciñéndose las correas de plástico—. ¡Tengo el presentimiento de que será algún bicho mecánico, Zpack! ¡Los autómatas!

Abandonaron corriendo la cueva, con el cañón del tubo lanzador en las manos y la espita del depósito abierta, silbando al dejar escapar el oxígeno impulsor. La selva, suprema y lujuriante, se extendía ante sus ojos. Las aguas del arroyo brillaban bajo los rayos candentes de Damy. Allí, en la orilla, diseminados por el suelo, se veían los cachivaches domésticos. Gola había caído en tierra y Grace, chillando agudamente, intentaba levantarla. Al otro lado del arroyo, abriendo una senda irregular con sus pesados cuerpos, quebrando tallos y arrancando lianas a manotazos, refulgían cegadoramente los... ¡los robots axonianos!

—¡Son ellos! —admitió guturalmente Zpack.

—¡Vamos! ¡Hay que salvarlas! ¡Dispara siempre a la cabeza, Zpack! ¡Y sin demora!

Jass se lanzó a todo correr por la pendiente que se iniciaba ante la caverna. Un odio asesino, incontenible y cruel le dominaba. Dos autómatas más aparecieron en pos del primero, destacando entre el verde intenso de la maleza, y el arbolado. Eran gigantescos: tal vez medían tres metros. Desde luego el servomecanismo que Grace desintegró en la espacionave parecería un enano a su lado. Toda la superficie metálica estaba recubierta por el tinte dorado de macalia. Poseían tres brazos, dos laterales y uno central que brotaba del pecho. Los dedos de cada mano eran cuatro tubos cortos y rectos. Uno de los robots apuntó con la mano al árbol que le impedía el paso y cuatro chorros azules brotaron de los cañones... ¡destrozándolo!

—¡Rayos cósmicos! —musitó Jass.

—No podremos nada contra ellos, padre terrestre.

—¿No? ¡Ahora verás!

El hombre avanzó corriendo, hasta situarse delante del par de aterrorizadas mujeres. El número de robots aumentaba como por ensalmo. ¡Ya se veía media docena dispuestos a cruzar el arroyo! Los circuitos chispeantes de sus cabezas delataban la conducción a distancia por ondas remotas. En las bolas ópticas iba sincronizada una pantalla televiso-prismática que permitía ver al operador situado a miles de kilómetros lo mismo que contemplaba la máquina. Los controles debieron advertirles de la presencia orgánica humana, y selenita. El que caminaba delante se detuvo, giró el cuerpo y apuntó con el trío de brazos a las despavoridas Gola y Grace.

—¡Pegaos al suelo! ¡Van a disparar!

Antes de que los doce chorros cósmicos de las manos del autómata les convirtiesen en polvo atómico, apretó el gatillo. Silbó el

oxígeno, el lanza-ácidos trepidó y un alargado salivazo rojo describió una parábola mortal, envolviendo la cabeza del robot. El metal se tornó amarillo, la corrosión hizo estragos en la macalia y su parte superior... ¡desapareció igual que un trapo borra la raya de tiza pintada en la pizarra!

—¡Por Cristo, huid de aquí a toda prisa! —gritó Jass a las mujeres—. ¡Zpack, acompáñalas!

—¿A la cueva?

—No. Sería nuestra tumba. ¡A la astronave! ¡Tendremos que emprender el vuelo ahora mismo!

—Pero yo quiero ayudarte a luchar...

—Protege a las mujeres. ¡Obedece, Zpack!

—Si te quedas solo puedes morir.

—¡Cuidado, están cruzando el arroyo por aquel vado!

La situación adquiría mayor riesgo por instantes. El disparo de Jass había contenido a los robots situados frente a él, quizá porque los operadores remotos estaban confundidos ante la inexplicable desaparición del que avanzaba en cabeza. Pero diez o doce autómatas más surgían de la selva a doscientos metros de allí y movían las patas chapoteando en el agua... ¡para cruzar la líquida trinchera que protegía a los condenados!

Jass se tendió de bruces y apuntó.

Zzzz... ¡chock!

Otro robot, girando en redondo, se consumió antes de que moviese los cósmicos dedos. Los que franqueaban el arroyo se volvieron a mirar en aquella dirección, advertidos por las ondas que emitían sus homónimos. Una nube de serpentinas azules —rayos mortales— pasó sobre su cabeza, marchitando plantas y derribando árboles. Se volvió a mirar a Zpack y lo encontró paralizado por el terror.

—¡Llévate a las mujeres! —bramó—. ¡No seas estúpido... o nos asarán!

—¿Y tú, padre terrestre?

—¡Iré después! ¡Muévete, Zpack!

El selenita asintió, aturdido. ¡Era tan inconcebible el poder de aquellos rayos cósmicos axonianos! Gola estaba desvanecida. La tomó en sus potentes brazos y echó a correr, seguido por Grace, cuyos desorbitados ojos no se apartaban de Jass. Acabó por detenerse y dudar entre seguir a los seres lunares o quedarse junto a su amado.

—¡Vete! —mandó él—. Debo quedarme para contenerlos.

—Jass... ¡yo quiero estar a tu lado!

—Estaremos juntos en la astronave... ¡Diablos malditos! ¡Vete, Grace!

Los autómatas volvieron a disparar y grandes cráteres quedaron

abiertos en la tierra, humeando. Jass retrocedió pulgada a pulgada, enviando parabólicos trazos de material corrosivo. Las aguas se enrojecieron con los resplandores y varios robots, alcanzados de lleno, se hundieron en ellas chirriando humeantemente. Otro había conseguido cruzar el arroyo y se acercaba por la derecha. Lo pulverizó de un tiro en el pecho. ¡Llegaban más, a centenares, por la espesura!

Cargado con el lanza-ácidos empezó a correr en zig-zag, alejándose del arroyo. Los soldados mecánicos se movían lentamente y no tardó en dejarlos atrás. Pero sus rayos cósmicos llegaban a gran distancia. Se ocultó en un agujero con el tiempo justo para evitar una raya de fuego azul que barrió la tierra, retorciendo troncos y dejando en cenizas un sector ocupado por altos arbustos. Correr, correr, correr... ¡Debía correr sin descanso! La salvación estaba en la espacionave. ¿Funcionaría? ¿Habrían llegado ya Zpack y las mujeres? Ahuyentó los pensamientos pesimistas de un rugido feroz. ¡Claro que estarían allí! ¡Y todo funcionaría debidamente!

Los autómatas ya habían conseguido pasar el arroyo y ahora marchaban tras él, a medio kilómetro de distancia, como una plaga mecánica que todo lo arrollaba, quemaba y destruía. Los pulmones amenazaban con estallarle en el pecho. Tropezó, cayó y se levantó enseguida. Al fin, medio exhausto, descubrió la imponente figura del octaedro destacando entre los tronchados gigantes vegetales como un brillante coloso dormido. Saltó un ribazo y bajó haciendo eses la ladera. El corazón se le subió a la garganta cuando vio a Grace desplomada junto al octaedro... ¡y tres humeantes rescoldos metálicos consumiéndose a su lado!

—¡Grace, vida mía! ¡Contéstame!

Estaba loco, ciego, borracho de dolor. Se arrodilló ante ella y levantó su hermosa cabecita, cubriéndole el rostro de besos. Oyó un gemido lastimero procedente de su espalda. Era Zpack, a quien en su apresuramiento ni había llegado a ver.

—Está viva, padre terrestre —dijo con voz impersonal—. Ella y tú podéis escapar de Axon.

—¿Qué estás diciendo? ¡Nos iremos los cuatro! ¿Por qué está sin sentido? ¿Ha ocurrido algo imprevisto?

—Había tres soldados mecánicos custodiando la nave. Nos descubrieron y luchamos. Les vencí con el lanza-ácidos.

Era una victoria y sin embargo Zpack hablaba con infinita pena. Grace volvía en sí, estremeciéndose. Jass la cogió en brazos y se dispuso a subir a la nave espacial.

—Un verdadero ejército venía pisándome les talones. Vamos arriba. Despegaremos... o sucumbiremos todos dentro de la espacionave. ¿Y Gola? —preguntó, extrañándose por su ausencia.

Patéticamente, con dramatismo infrahumano, Zpack abrió la

mano derecha. Un polvillo blanquecino, tenue, escapó por entre sus dedos, resbalando dulcemente.

—¿Qué es eso? Estás demudado. ¿Qué te pasa? ¡Dilo de una vez, amigo!

—Lo recogí del suelo... cuando fui a buscarla. Yo maté a los autómatas. Y ellos... —sollozó y sus saltones ojos parecieron a punto de salírsele de las órbitas—. ¡Esto es cuanto queda de Gola!

—¡Polvo atómico!

—Sí. La alcanzaron con sus rayos.

—¡Zpack... eso es terrible... lo siento de veras...! Pero tú...

—Yo... ¿qué? Vete, padre terrestre. Sed felices. Zpack se queda en Lódovex.

—¡Oh, no! ¡De ningún modo! No lo consentiré, porque tienes derecho a la libertad...

—¡Libertad! Ya no me importa la libertad. Gola ha desaparecido. También yo quiero morir. Adiós, padre terrestre. El último descendiente del satélite Luna se despide de ti.

—¡Zpack, por Dios! ¡Ven con nosotros!

—No. Me quedo —se llevó la mano a la frente y restregó contra ella la polvorienta palma—. Gola... —lloró—. ¡Gola querida!

No existía un argumento capaz de convencerle. Jass, en su caso, hubiese obrado igual. Le oprimió un hombro con fraternal simpatía.

—Te comprendo, Zpack.

Calló. Debía decir algo más, añadir palabras, expresar su pena. No supo hacerlo, quizá porque el dolor que sentía era superior a la expresión hablada.

—Adiós —terminó.

—Nunca te olvidaré, padre terrestre. Adiós.

Jass depositó a Grace, medio inconsciente aún, sobre la plataforma interior de la espacionave. Accionó la palanca de generación enérgica. Las aberturas se cerraron herméticamente. Volvía la vida al octaedro. Asido a las doradas anillas, teniendo a Grace estrechada contra su pecho, se trasladó a la cámara de mandos. Ocupó el puesto director sobre el suspensorio de ondas múltiples y manejó los autocontroles reactivos, el proyector para la velocidad de escape (adecuada para vencer la gravedad de Axon) y los juegos de giróscopos electrónicos. Bajó la palanquita del televisor y la pantalla mostró el Reino Verde donde Zpack, solo y amargado, caminaba al encuentro de la invasión mecanizada. Luego bajó los párpados y aplastó su mejilla, contra la mejilla de Grace, turbado por la emoción.

Esperó, esperó... y rogó con fervor. Cuando abrió los ojos, ella le había ceñido los marmóreos brazos en torno al cuello y sollozaba de felicidad. En la pantalla, el Planeta Central se convertía en una achatada calabaza cada vez más lejana y pequeña.

—Te quiero, Jass —musitaron los trémulos labios de Grace.

—Te quiero, nena —respondió él.

Axon quedaba atrás. Como si nunca hubiese existido. Delante, el espacio interestelar, inmenso, grandioso, desconocido. Estrellas, lunas y nebulosas galácticas. Esperanza en su alma y amor en su corazón. Lo demás, el futuro incluso, aún tardaría en ser descifrado. ¡Empezaba otra vida para ellos en un mundo que millones de años más tarde podría estar convertido en una nueva Tierra! Sólo Dios sabía la verdad.

F I N

COLECCIÓN LUCHADORES DEL ESPACIO
ÚLTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS

12 —La conquista de un imperio— *George H. White*
13 —El reino de las tinieblas— *George H. White*
14 —Dos mundos frente a frente— *George H. White*
15 —Salida hacia la Tierra— *George H. White*
16 —Venimos a destruir el mundo— *George H. White*
17 —Guerra de autómatas— *George H. White*
18 —Piratas del espacio— *Alf. Regaldie*
19 —Errantes en el infinito— *Alf. Regaldie*
20 —El misterio de los hombres de piedra— *Alf. Regaldie*
21 —Trágico destino— *Alf. Regaldie*
22 —Si los mundos chocan— *Alf. Regaldie*
23 —Redención no contesta— *George H. White*
24 —Mando siniestro— *George H. White*
25 —División X— *George H. White*
26 —Robinsones cósmicos— *George H. White*
27 —Muerte en la estratosfera— *George H. White*
28 —Destructores de mundos— *Alf. Regaldie*
29 —D-3, base de monstruos— *Alf. Regaldie*
30 —El enigma de Acrón— *Alf. Regaldie*
31 —Apocalipsis atómica— *Alf. Regaldie*
32 —¡Ha muerto la Tierra!— *Joe Bennett*

INVASION NAHUMITA

Los ochenta millones de tripulantes del autoplaneta «Valera» se enfrentan con la hora más trágica de la historia de su mundo automóvil... ¡Los nahumitas han paralizado a la más poderosa de las máquinas interplanetarias creadas por el hombre!

GEORGE H. WHITE

creador de las más fantásticas aventuras inte-espaciales, describe con la maestría que le es peculiar el intenso drama de un gigantesco vehículo interplanetario inerme en manos de un cruel enemigo, y cautiva al lector desde la primera página de su subyugante novela

INVASION NAHUMITA

Que aparecerá próximamente en esta colección

Luchadores del Espacio

TIP. ARTÍSTICA Precio: 5 pesetas

Maquetado a partir de un Doc de *efegen* en ExVagos
Retoques con Word
Convertido a FB2 con QualityEbook
Retoques de estilo con XML Copy Editor

Se recomienda utilizar CoolReader para su lectura

notes

Notas a pie de página

[1] Nebulosa de Andrómeda.